

MADRE TIERRA



FUEGO

CAPÍTULO I  
EL ORFANATO



¶ Era una noche abierta y estrellada en el cielo de Montefrío, pueblo observado atentamente por una redonda y brillante luna llena que se encontraba muy próxima a la tierra, debido a que esa noche alcanzaba el perigeo, hasta parecer poder ser tocada con la mano en cualquier momento. El pueblo estaba construido sobre una rocosa montaña en cuya cima se encontraba un orfanato conocido como La Villa.

Creada allá por el 1352, cuando el rey Abu Abdalá-Yusuff la mandó construir, ubicándola estratégicamente para la defensa de sus fronteras y permitiendo a los aldeanos de la zona cobijarse en La Villa, al abrigo de sus murallas, hasta que con la conquista de los Reyes Católicos pasasen a convertirla en iglesia, por Diego Siloé, a partir de 1549.

En el siglo XIX, la inutilizada iglesia comenzó a dar refugio a niños cuyos padres no los podían mantener, pasando a convertirse en el orfanato del pueblo.

Separada del resto de casas por una amplia y alta muralla, La Villa contaba con un pequeño y verdoso bosque de pinos alrededor de todo el cercado y que acompañaba a la montaña hasta la cima, lugar en el que una puerta de dos hojas daba la bienvenida al orfanato.

Dentro, un profundo salón, donde siglos atrás se celebraba misa, hacía ahora las funciones de *hall* y una puerta a la derecha, tan grande como la de la entrada principal, permitía a los niños salir a un pequeño patio, custodiado por los vigilantes del centro,

con la intención de evitar fugas indeseadas. No había horario o días fijos para jugar, solo cuando el estricto, serio, malvado e impávido, por llamarlo amablemente, director del centro lo consideraba oportuno.

En el otro lado del *hall* se encontraban unas feas y estrechas escaleras de caracol que tenían dos direcciones: arriba y abajo.

Si se subían las escaleras, se veía en una primera planta el despacho del director, en la segunda su dormitorio y en la tercera y última planta, un frío campanario con siete ventanales por los que no cesaba de correr el aire, hasta topar con la gran, sucia y agrietada campana dorada, en el centro de la sala, que aún colgaba retando las inclemencias del tiempo.

Si por el contrario, desde el *hall*, se optase por bajar las escaleras de caracol, terminaría llegando a una planta tan grande como toda la montaña, con el inconveniente de no poseer un solo ventanal por el que pudiera entrar la luz natural. En esa planta se encontraba la esencia del orfanato: cocina, aseos, salón y una decena de habitaciones, separadas por edades y sexo, donde los niños podían descansar todas las noches.

En uno de esos dormitorios compartidos, donde las camas se colocaban en dos alargadas hileras, el dueño de uno de los catres más alejados de la puerta no paraba de moverse. Tras un largo y silencioso tiempo de espera, decidió abrir un poco uno de sus ojos, asegurándose que no rondase por allí ningún vigilante, o como a ellos les gustaba llamarlos, “Los Rufos”, en honor a su director: Don Rufus.

Una vez comprobado que no merodeaba Rufo alguno por la habitación, se levantó y dio un pequeño tirón a la sábana de cada una de las dos camas más cercanas por su derecha.

—Vamos arriba, que ya no hay Rufos en la costa —dijo a los dueños de dichas camas, con el suficiente cuidado de no despertar al resto de los niños.

Se trataba de Jim, un joven de nueve años. Vestido completamente con un pijama gris, como todos los niños del centro. Pelo castaño y ondulado hacia un lado, ojos oscuros con mirada firme y segura, puesto que, aunque aún le faltaban muchos años para convertirse en un adolescente, se comportaba como tal. De cuer-

po atlético, destacaba el colgante de cuero con una J de madera que llevaba atado en una de sus muñecas.

Uno de sus compañeros, el que dormía más cerca de Jim, se levantó con la cara descompuesta. Su nombre era Simón, el niño más tímido de todo el orfanato, provocado, entre otros motivos, por su pequeña tartamudez, incrementada considerablemente cada vez que se ponía nervioso. De la misma edad que Jim, Simón era algo rellenillo y con dos achuchables mofletes que terminaban en su también regordeta y graciosa nariz. Se encontraba completamente rapado por un castigo impuesto por el director del centro.

“GRRRRR”, fue la primera respuesta que recibió Jim, procedente del estómago de Simón.

—Tío, tengo un hambre que... que... que... que me muero —contestó Simón frotándose los ojos con las manos, intentando espabilarse.

—Dejad de hacer tanto ruido, que vamos a despertar a los demás y nos van a terminar pillando —interrumpió con voz baja Matías, dueño de la otra cama a la que Jim le había quitado las sábanas.

Matías, a diferencia del resto de niños de la habitación, tenía ocho años, pero para que no le separasen de sus amigos siempre decía tener la misma edad que ellos. El año de diferencia se notaba tanto en la altura como en la complexión física, aún pendiente de dar un par de estirones más. Ojos algo achinados, uno de ellos solía ser tapado por el largo flequillo negro que dejaba caer sobre su cara. Siempre con travesuras en su mente y sonrisa picaresca, mostrando la falta de algún diente adulto.

—Despertad a mi hermano y salid por donde siempre, que yo voy a por Helena —ordenó Jim.

—¿Hoy la has convencido? —preguntó Matías.

—No ha hecho falta. Hoy me ha pedido venir ella —respondió Jim con una sonrisa, lanzándose al suelo y arrastrándose por debajo de las camas, tratando de hacer el menor ruido posible, hasta llegar a la puerta. La abrió con suavidad, evitando que sus viejas y oxidadas bisagras le delatasen. Un haz de luz procedente del pasillo alumbró la fría habitación por un breve instante de tiempo,

el mismo instante que tardó Jim en asomar la cabeza y asegurarse que ningún Rufo revolotease por la zona. Salió y cerró la puerta, con la misma delicadeza que usó para abrirla.

—Ya... ya... ya... ya está con los amoríos. Nos pillará por su... su... su... su culpa —refunfuñó bostezando Simón.

Los dos compañeros se acercaron a una cuarta cama, la que quedaba al otro lado de la de Jim, para despertar a su ocupante, el cual se levantó rápidamente, como si estuviera esperando la llamada de sus amigos. Se trataba de Jack, hermano gemelo de Jim. Poseía pocas diferencias con respecto a su hermano, como que cada uno tenía el pelo orientado a un lado distinto y el colgante con la J de madera, Jim lo tenía a la izquierda mientras Jack se lo colocaba en la derecha.

Jack agarró una camiseta vieja, con algo abultado en su interior, escondida detrás del cabecero de su cama y, junto a Matías y Simón, imitaron el mismo ritual que minutos antes hizo Jim, arrastrándose entre las camas para salir finalmente por la puerta.

—Como vea tu hermano que vuelves a guardar comida se va a cabrear contigo —avisó Matías.

—No hace falta que lo vea ni que se lo digáis —respondió esperando tener la complicidad de sus amigos.

Los pasillos del orfanato eran largos, altos, estrechos y decorados por infinidad de telarañas que ponían en entredicho la higiene del centro. Sin luz natural por ningún lado, estaban alumbrados por antorchas colgadas en las rocosas paredes. Matías encabezaba el trío, frenándose en las esquinas, con cuidado de que no hubiera Rufos esperándoles al tomar las curvas. Le seguía Jack y bastante más rezagado y echando la vista atrás a cada paso que daba, esperando no ser sorprendidos por los vigilantes, Simón.

—Venga Simón —regañó Matías—. Mueve tu culito más rápido... Si es que puedes andar más rápido —ironizó.

Simón, al oír el comentario de Matías, aceleró el paso, adelantándolo y regalándole una sonora colleja. Siguió envalentonado, girando a la izquierda en la siguiente esquina sin esperar a sus amigos.

—¡Que te vas a perder, zopenco! —gritó Matías rascándose la cabeza por el golpe recibido, girando a la derecha.

—Le... le... le...

—Vamos, Simón —dijo Jack siguiendo a Matías.

—Leches —terminó por decir Simón, corriendo detrás de sus amigos.

Llegó Matías a una nueva esquina y levantó el puño, avisando a sus compañeros que parasen. Se asomó un poco y, a continuación, abrió el puño indicando que había camino libre. Si por el contrario, en vez de abrir el puño lo agitase rápidamente, significaría que se debían esconder detrás de la primera columna que encontrasen porque se aproximaban Rufos. Así, lentamente y sin sobresaltos, llegaron a los aseos ubicados en el ala C, tétricamente iluminados por dos pequeñas velas que permitían ver las duchas, lavabos y tres puertas con sus respectivos inodoros y, por el contrario, no llegaban a alumbrar la suciedad que en ellos había.

Entraron Jack y Matías en el aseo y se acercaron a la primera puerta de los baños mientras Simón, más rezagado y mirando con asco todos los rincones, pasó por la puerta tratando de no tocar nada de nada. Un renacuajo, camuflado en la oscuridad, saltó sobre el menos peludo de los niños.

—¡Ah! —gritó Simón al verlo, agachándose en una esquina.

—Cállate que nos van a pillar por tu culpa —recriminó nuevamente Matías—. Todas las noches el mismo renacuajo te da el mismo susto y pegas el mismo grito. Ya deberías estar acostumbrado.

—Lo... lo... lo que deberíamos es buscar otra forma de sa... sa... salir —protestó Simón—. Yo... yo... yo...

—Tranquilo Simón —intentó darle confianza Jack, agachándose junto a su tartamudo amigo—. Respira, céntrate y vuelve a decir todo sin trastabillarte.

—Cla... cla... claro, Simón, tú... tú... tú tranquilo —bromeó Matías.

—No seas malo —regañó Jack a Matías, aunque se le escapase una pequeña carcajada al hacerlo—. Tenemos que apoyarlo para que tome confianza y pierda su tartamudez.

—Apoyarlo, no tratarlo como si fuera un niño chico. Así nunca lo superará... ra... ra —terminó bromeando otra vez.

Simón asintió con la cabeza. Sabía que debía ser valiente y fuerte. Cerró los ojos y respiró profundamente un par de veces. Al abrirlos, su amigo le esperaba con una sonrisa.

—Deberíamos buscar otra forma de salir —comenzó a decir Simón sin dejar de poner sus ojos sobre los de Jack—. Yo no puedo salir por este sitio porque me da mucho repelús.

—Claro que hay otra forma —contestó Jack guiñándole un ojo y sin dejar de sonreír—. La puerta principal. Solo hacen falta unos nuevos padres que nos quieran y sean capaces de pagarle a Don Rufus lo que pida. Aunque si tú me prometes ser más valiente, yo te prometo ayudarte este año para que te adopten.

—Vivan los tortolitos —aplaudió Matías—. Y ahora deja de quejarte y ven aquí. ¡Que eres lo más bueno de todo el orfanato!

—¡Qué tonto eres! —contestó Simón.

—Los insultos sí que te salen bien rápidos, miedica —exclamó Matías, que nunca perdía una ocasión para bromear—. ¡Ven ya!

Simón volvió a ponerse en pie y fue junto a Matías. Extendió sus brazos para que el benjamín del grupo apoyase los pies sobre ellos y así poder alcanzar la zona alta del tabique que separaba los baños. Palpó con la mano dicha superficie, hasta dar con un cuchillo escondido allí arriba.

—Lo tengo —dijo Matías dando un salto al suelo y enseñándolo a sus amigos como si fuera un tesoro.

Se acercaron los tres a una rendija, debajo de las duchas, y comenzaron a desenroscar con el cuchillo los cuatro tornillos que la unían con el suelo.

—Corred, por favor —pidió Simón—. Que me lo hago en... en... en...

—Hasta que no lo digas bien no voy a seguir desenroscando nada —amenazó Matías dejando de quitar tornillos.

—¡Que me lo hago encima! —contestó Simón sin dudar un solo segundo.

—Lo ves como no hace falta decirle todas las tonterías que le dices para que hable bien —dijo Matías a Jack.

—No te metas más con él —recriminó este último.

Matías se volvió a girar a Simón.

—Ya te he dicho que puedes cagar aquí como todos nosotros —dijo, ignorando las palabras de Jack.

—No puedo. Es superior a... a... a... a mí. Me dan mucho asco estos inodoros.

—Ya está —desenroscó Matías el último tornillo y levantó la ligera rendija.

—Aparta le... le... leches —quitó Simón a Matías de un manotazo, saltando dentro del agujero y caminando agachado por los oscuros metros que separaban las duchas del exterior de La Villa, sin importarle la posible suciedad o los bichos con los que se pudiera encontrar por el camino.

Al final del agujero había una gruesa pero poco pesada roca que apartó con facilidad, asomando al pequeño bosque de pinos dentro de las murallas del orfanato. Salió corriendo, sin esperar a sus amigos, cuesta abajo, entre los pinos. Instantes después aparecieron por el mismo agujero, Matías y Jack.

—¿Mi hermano nos espera aquí?

—No —respondió Matías—. Iba a por Helena, así que seguro que luego nos los encontraremos en el arroyo.

—Entonces espera a Simón e iros juntos —dijo Jack como si fuera una orden—. Yo voy a entregar estos restos a Aegon y luego os pillo.

—No, que tu hermano me...

Antes de poder finalizar la frase, Matías vio cómo Jack salió corriendo a un lado del bosque, ignorándolo completamente y esquivando todos los pinos que se interponían en su camino.

Solo y aburrido, Matías se sentó en una roca, cogió un palo y comenzó a hacer dibujos en el suelo, moviendo la tierra de un lado a otro, y apoyando su cabeza sobre la otra mano que le quedaba libre.

—No sé cómo aún no nos han pillado, si aquí cada uno hace lo que le da la gana —se quejó sin que hubiera nadie cerca para contestarle.

Al cabo de un rato volvió Simón, de entre los árboles, aliviado y con una sonrisa en su rostro.

—Esta vez ha ido po... po... po... por poco —dijo acercándose a Matías y buscando a Jack con su mirada—. ¿Otra vez?

—Sí, otra vez —respondió sin mirarle y asintiendo con la cabeza—. ¿Esperamos a Jim o tiramos nosotros?

—Mejor tirar no... no... nosotros. Si no, nos la cargamos cuando ve... ve... ve... vea que su hermano se ha ido.

Se levantó Matías y comenzaron a andar.

—¿Quién se ha cagado aquí? —preguntó una voz a la espalda de los niños, paralizándolos en seco completamente asustados.

La voz pasó a convertirse en las carcajadas de Jim y Helena, que salían por el camino de los aseos. Primero lo hizo Jim y posteriormente la muchacha, ayudada a ponerse en pie por el gemelo de Jack, demostrando así su caballerosidad. Matías y Simón se giraron alegrándose de encontrar a la pareja a sus espaldas.

—Guau —dijo Simón en voz baja, al ver a Helena con la luna llena de fondo, intentando mover la boca lo justo para que solo Matías lo oyese—. Es preciosa.

Helena era una niña de 9 años, de piel más clara que el resto de sus amigos. Delgada, con pelo negro, liso y largo, decorado con dos trenzas cuidadosamente hechas en uno de los lados de su cabeza. Unos preciosos ojos azules parecían brillar y los labios más rojos jamás vistos, componían a la persona más guapa y bella de todo el orfanato y probablemente del mundo. Su arma, una dulzura y tranquilidad, capaz de sosegar a la bestia más fiera o lograr que Simón dejase de tartamudear cuando ponía sus ojos en ella.

—Deberías volver otra vez al bosque, pero esta vez a ver si te has meado encima —bromeó Jim.

—Y tú deberías mirar que... que... —miró a Helena y se envalentonó—. ¡Deberías mirar que un susto de estos puede provocar que peguemos un grito y alertar a los Rufos! —recriminó.

—¿Y mi hermano? ¿Sale o ha salido ya?

Simón y Matías se miraron mutuamente a ver cuál de los dos era el que se atrevía a responder. Como Simón no lo hizo, ni se esperaba que lo hiciera, decidió hablar Matías.

—Donde siempre... No sé para qué preguntas. Dice que luego nos pilla —intentando restar importancia al hecho.

—Un día de estos nos pillarán por su culpa y por la culpa del viejo ese —murmuró Jim.

Los cuatro jóvenes dieron un último vistazo a su alrededor, confirmando que nadie les estuviese vigilando, y se introdujeron en el interior del bosque, corriendo al trote hasta llegar al muro de La Villa. Continuaron pegados a la muralla hasta toparse con

un agujero redondo, hecho por la naturaleza y las inclemencias del tiempo. Lo atravesaron, saliendo fuera del recinto y de su bosque. Una vez en el exterior de La Villa corrieron cuesta abajo, más rápido, debido a que cruzaban una zona rocosa despoblada de árboles, por la que podían ser detectados por los Rufos. Pararon junto a un grupo de no más de treinta árboles, entre los que resaltaban unas salientes rocas, con hojas y ramas amontonadas sobre ellas, escondiendo algo en su interior.

Quitaron las hojas y ramas, descubriendo debajo tres bicicletas en muy mal estado, con sillones completamente rasgados, manillares ladeados o monturas oxidadas, pero perfectas para estos pequeños aventureros. Simón cogió la que parecía estar mejor, aunque se la quitó Jim de sus manos, montándose en ella y subiendo a Helena entre asiento y manillar.

—Hay que ser caballeroso, Simón —dijo Jim a la vez que comenzó a pedalear cuesta abajo, sin esperar a Matías y Simón, gritándoles—. ¡Dejad una para mi hermano!

La bicicleta de Jim desapareció rápidamente de la vista de sus amigos, a tal velocidad que las hojas del suelo salían despedidas por el aire a su paso.

—Jo —gruñó Simón mirando las dos bicicletas. Se apoyó en una y después en la otra, para ver cual estaba más inflada. Una vez elegida la bicicleta, miró a Matías— ¿A... a... a... a suertes?

—Una leche a suertes. Yo contigo no puedo, así que te toca pedalear a ti.

—Siempre yo —refunfuñó Simón subiéndose en la bicicleta elegida, sin sentarse en el sillín, que lo dejó libre para que Matías pusiese sus pies sobre él, al tiempo que apoyaba los brazos sobre su amigo.

—¡Vamos, que nos ganan unas nenas! Pedalea lo más rápido que puedas, levantando una humareda digna del mismísimo correcaminos —dijo Matías, con el dedo índice señalando hacia el infinito, tratando de provocar con esas palabras a Simón para que pedalease a toda velocidad y adelantase a Jim

Pero la bicicleta no acababa de arrancar todo lo rápido que Matías quería. Miró la rueda trasera, contando los segundos que tardaba en dar una circunferencia completa.

—Mira que eres lento. El coyote ya nos habría cenado dos veces.

La bicicleta emprendió lentamente su camino, siguiendo el rastro que las ruedas de la primera bicicleta habían dejado entre los árboles.

\* \* \*

Jack, por su parte, había atravesado minutos antes el agujero de la muralla, aunque no tomó la misma dirección que sus compañeros, sino que siguió junto al muro por el exterior de La Villa hasta llegar a las faldas de esta, donde una docena de árboles escondían en su interior un pequeño claro desde el cual se podía observar perfectamente la parte alta del orfanato, con los aposentos y despacho del director y la campana de la última planta.

En la explanada había una desastrosa y casi derruida tienda de campaña marrón, hecha a mano, lo bastante pequeña como para que tres personas en ella pareciesen una multitud. Un recio tronco, tirado en el suelo, hacía la función de asiento frente a un círculo creado con piedras de tamaño mediano y, en su interior, cenizas aún calientes delatando que hacía pocas horas hubo una hoguera encendida. Atravesando toda la zona colgaba una cuerda, atada entre dos árboles, con ropa muy vieja y gastada tendida.

—¿Hola? —preguntó Jack desde lejos al interior de la tienda, sin recibir respuesta—. ¿Hola? —intentó una segunda vez.

—Grrrrr.

Un fiero gruñido desde el interior fue la única respuesta que consiguió y, aunque eso no frenó a Jack, que se acercó un poco más, sí hizo que sus pasos fueran más cortos y temerosos.

—Drake, ¿eres tú?

Dos pasos más permitieron a Jack ver dos puntos rojos en el interior de la tienda, aproximándose a él, provocando que retrocediese asustado y resbalase con las piedras de la hoguera, cayendo al suelo y lanzando por el aire la camiseta que con tanto cuidado había sacado del centro, que aterrizó junto a la tienda.

—Tranquilo, chaval —sonó una voz desde el interior.

Esa voz pertenecía a Aegon, hombre que salió de la tienda y recogió la camiseta voladora de Jack. Se trataba de un individuo

muy grande en todos los sentidos: espaldas grandes, manos grandes, barba grande, pies grandes,... Hasta la boca, con la que lo mismo masticaba un enorme trozo de carne o daba unas sonoras carcajadas, era grande. Sus dos brazos estaban tapados con dos sucias y viejas vendas, recorriendo desde los codos hasta los dedos. Con ropas andrajosas y viejas de color marrón, dejando claro que la misma tela con la que había creado la tienda de campaña le había servido para confeccionar sus prendas de vestir. Una cuerda ataba los pantalones evitando subírselos constantemente.

—¿Te has asustado? —preguntó Aegon tendiendo la mano a Jack y, de un tirón, levantarlo del suelo. Una vez en pie le devolvió la camiseta recogida segundos antes.

—Gracias, pero... Había visto unos ojos rojos... —hizo un pausa, miró a Aegon y asintió con la cabeza—. Y sí, señor, me había asustado.

—Normal que te asustes. Ya te tengo dicho que estas no son horas para salir tú solo del orfanato.

—Como le comenté, Don Rufus ha extremado las medidas de seguridad y no quiere que salgamos del orfanato bajo ningún concepto desde la última revuelta que hubo, así que es más fácil hacerlo por las noches, cuando hay menos vigilantes.

—También te tengo dicho que no me llames más “de usted”. Que me tutees, que me haces mayor —sonrió.

—Me sabe raro tutearlo con esos ojos gigantescos mirándome. Se tapó Aegon los ojos con sus dos manazas.

—No me hables “de usted” —repitió, provocando en Jack una sonrisa—. ¿Así te vale?

—Bueno, lo intentaré.

Aegon quitó las manos de sus ojos, se levantó y cogió una manta seca, echándola sobre los hombros a Jack.

—¿Y por qué no le hacéis caso al director del centro y dejáis de escaparos por ahí? —retomó Aegon la conversación—. Él está en el orfanato para velar por vosotros y que no os pase nada.

—Porque entonces nos privaría de lo único que nos queda en esta vida —excusó así sus escapadas.

—¿Y eso qué es?

—La libertad.





Dijo en voz baja, queriendo no ser escuchado, mientras desenvolvía la camiseta y sacaba un bocadillo que guardaba en el interior para Aegon. Jack intentó colocar bien todos los ingredientes, dispersos tras la caída, para darle un aspecto más apetitoso.

—Sin familia ni nadie que nos quiera, es lo único que tenemos en este mundo. ¡Tome! —estiró los brazos ofreciendo el bocadillo una vez recolocados todos los componentes entre las dos rebanadas de pan.

—Gracias, chaval, pero no deberías...

—Y para Drake —interrumpió Jack mirando a la tienda e ignorando a Aegon—. Un regalito, si me trae su plato.

Desde el interior de la tienda apareció un perro pastor alemán. De largo pelo, mezclaba con certeza los colores negro y marrón. Una de sus orejas estaba completamente elevada mientras la otra la tenía doblada, probablemente por alguna herida lejana mal curada. El perro salió corriendo a lamer las manos del muchacho, moviendo su cola alegremente de un lado a otro, demostrando lo contento que estaba al verlo.

—¡Tu comedero, Drake! ¿Dónde lo tienes? —preguntó alegre Jack, acariciando al perro—. ¡Que tengo un premio para ti!

Drake salió corriendo hacia los árboles y volvió con un comedero entre sus dientes. Se acercó y soltó el recipiente a los pies de Jack, tumbándose delante, esperando impacientemente su premio.

—Para mi perrito favorito... —Jack iba a dejar caer la comida, pero se detuvo, provocando que Drake se pusiera nervioso y ladrara mostrando su disconformidad con la tardanza. Finalmente soltó la comida en el comedero—. Estos huesos de pollo.

Drake levantó la cabeza gruñendo por la cena que le había tocado mientras los huesos caían en el comedero. Drake miró a Jack, luego a Aegon y finalmente el bocadillo de este, con el cual no podía hacer más que relamerse el hocico, observándolo.

—No seas desagradecido, Drake, y cómete lo que con tanto esfuerzo nos ha traído Jack —recriminó su amo.

El pastor alemán gimió y se sentó delante del cuenco, comiéndose los huesos a regañadientes, vigilando de reojo a Aegon y cómo este dejaba su bocadillo apoyado sobre el tronco.

—Y másticalos bien —recalcó Jack, dándole dos cariñosos golpes en la cabeza.

—Entonces, Jack —dijo el viejo hombre sin esperar a terminar de masticar la comida que tenía en su boca—, ¿no te sientes libre?

—No —respondió el joven, que estaba viendo cómo Drake dejaba de comer para acercarse sigilosamente, arrastrándose por el suelo como si de un indio Sioux se tratase, al bocadillo de su amo. Abrió la boca con el propósito de hincarle el diente.

—¿Quieres sentirte libre? —preguntó Aegon cogiendo el bocadillo y dejando a Drake mordiéndose la lengua.

—Sí—sonrió Jack al ver la escena—. Libre como tú.

—Ja, ja, ja.

Soltó Aegon sonoras carcajadas, mordiendo con la boca bien abierta su bocadillo mientras Drake, dándose por vencido, decidió seguir comiendo sus huesos.

—Yo no soy libre. Estoy atrapado en este descampado más de lo que tú te crees y cansado de esperar, pero... Creo que ha llegado el momento.

—¿El momento de qué?

—De que cierres los ojos.

—¿Para qué?

—¿No me acabas de decir que quieres ser libre?

—Sí.

—Pues hazme caso. Cierra los ojos para ser libre —sentenció.

Jack no se lo pensó ni un solo instante y cerró los ojos tal y como se lo dijo Aegon.

—Y no los abras —avisó cerrando también los ojos—. Dime. Ahora mismo, ¿qué ves?

—Nada. Lo único que veo es el color negro.

—¿Es un color o una superficie oscura lo que ves?

De repente Jack se veía dentro de una amplia superficie oscura, sin que su vista lograra ver dónde empezaba o finalizaba dicho lugar. Miró sus manos y luego sus pies, extrañado.

—No lo sé —contestó asombrado Jack desde esa superficie negra—. Es como si estuviera en medio de la nada, en un lugar sin fin.

—Pero, ¿aún piensas que es una superficie? —oyó preguntar a Aegon con eco—. Yo creo que más bien es un largo pasillo.

Jack miró a todos lados buscando de dónde procedía la voz de su viejo amigo, cuando repentinamente, tal y como Aegon había avisado, la superficie pasó a estrecharse hasta convertirse en un oscuro e infinito pasillo.

El joven lo recorrió un par de veces, sin encontrar salida y sin saber qué hacer.

—¿Cómo me has mandado aquí?! —preguntó mirando arriba.

—Has ido tú solo, buscando tu libertad —respondió la voz de Aegon.

—¿A esto le llamas libertad?

—No. Porque aún no estás relajado —dijo Aegon apareciendo junto a Jack y asustándolo con su inesperada presencia—. Hazme caso, relaja los músculos, tu cuerpo, tu alma y conseguirás liberar tu mente, pudiendo así ser libre.

—Si ya he relajado todo eso que me has dicho.

—Eso no es verdad.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque cuando lo estés, encontrarás el camino que te va a hacer libre, pequeño.

Jack asintió y comenzó a relajarse, destensando músculos y moviendo la cabeza lentamente de un lado a otro, intentando hacer lo que Aegon le había pedido. Notó cómo su cuerpo se suavizaba y vio, al fondo del pasillo, una pequeña y brillante luz blanca. Miró sorprendido a Aegon.

—Ahí la tienes pequeño, tu libertad —dijo señalando al fondo.

Jack, tan atónito como temeroso, inició lentamente el camino hacia esa luz, la cual se agrandaba a cada paso que daba. De repente, dos enormes archivadores de acero aparecieron de la nada, situándose cada uno a un lado de Jack y reduciendo, de esta forma, el ya de por sí estrecho pasillo.

El joven, sorprendido al ver aparecer los dos archivadores, retrocedió unos pasos, provocando que los archivadores desaparecieran y que la luz blanca del fondo se hiciera más pequeña. Miró a Aegon, dudando qué hacer.

—Tranquilo, Jack, no te asustes y menos aún dejes de estar relajado o la luz de tu libertad desaparecerá —aconsejó Aegon ante la atenta mirada de Jack.

Junto al viejo apareció su inseparable amigo Drake, relamiéndose el hocico y sentándose al lado de Aegon, atento a lo que sucedía.

Jack confiaba plenamente en todo lo que el viejo le decía, así que volvió a caminar hacia la luz. Los dos archivadores aparecieron otra vez, pero esta vez no lo hicieron solos, puesto que eran decenas de ellos los que empezaron a salir a ambos lados, uno detrás de otro, desde donde estaba Jack hasta la luz blanca.

—¿Qué hay en ellos? —preguntó sin asustarse.

—Tus recuerdos, mi amigo. Estos archivadores tienen todos los recuerdos que tu mente alberga —respondió Aegon mientras su silueta y la de su fiel pastor alemán desaparecían lentamente—. Son tus recuerdos —susurró finalmente.

—¿Los puedo ver?

Pero Jack no recibió respuesta. Miró detrás y allí ya no había nadie. Se encontraba solo, con los archivadores entre él y su libertad.

Decidido, fue caminando a la vez que la luz se hacía más y más grande, hasta que, a mitad de camino, la curiosidad pudo con él y estiró uno de sus brazos hacia un archivador, para abrirlo. No llegó a tocarlo, cuando estos se abrieron y salieron volando luminosos hologramas planos y rectangulares, pertenecientes a los distintos momentos de la vida de Jack. Cientos de hologramas revoloteaban por el aire, llenando el oscuro pasillo de luz y color.

Cogió Jack uno de esos recuerdos, el que se encontraba más cerca y vio en él cuando, años atrás, jugaba en el patio del orfanato junto a su hermano Jim, con una pelota rota.

Soltó ese recuerdo y tomó otro entre sus manos en el que todos los niños estaban de pie en el comedor, cantando y dando las gracias por la comida recibida:

Gracias Dios por estos alimentos,  
que gratuitamente nos has dado,  
para que nos los comamos nosotros,

con todos nuestros hermanos.

El tercer recuerdo que decidió coger no tenía más de dos años, donde junto a Jack se encontraban sus amigos Simón y Matías. Estaban en el patio jugando, cuando un niño algo mayor que ellos, con el pelo rubio peinado de punta, pecas por toda la cara y bastante fuertecillo se les acercó.

—Es Johnny, Johnny el Conejo —murmuró Jack observando la escena.

—¿Qué tramáis ahí tan escondidos? —preguntaba Johnny en el holograma a los tres pequeños, como si mandase sobre ellos.

—De... de... de... déjanos en paz —dijo Simón escondiéndose entre Jack y Matías.

—Ya está el gordito cagón escondiéndose —insultó Johnny—. Hoy no te comas tu comida que, por contestón, me vas a tener que dar toda tu parte hoy, y mañana, si no hay lentejas, también.

—¿Y si no queremos? —preguntó Matías, el más valiente de los tres compañeros, y que sorprendentemente estaba igual de grande que el Matías actual. Como si no se notase que tenía, por aquel entonces, seis o siete años.

Estiró Johnny los brazos, agarrando a los tres a la vez, empujándoles hasta arrinconarlos contra la pared.

—Si no me hacéis caso, os tiraré piedras en toda la boca y no pararé hasta que os rompa los dientes, uno a uno y no podáis comer más —amenazó.

—¡Ten tú cuidado con tu boca en vez de dar consejos a los demás! —gritó Jim desde el fondo.

Los cuatro miraron al lugar desde donde procedía la voz y vieron como Jim lanzaba una piedra que, desafortunadamente, aterrizó contra las dos paletas de Johnny, haciendo que estas cayesen al suelo y su dueño saliese llorando al interior del centro. Todos los niños del patio comenzaron a aplaudir, debido a que el niño más malvado y dañino del orfanato, por fin, había recibido su merecido.

—Ja, ja —rio Jack—. Qué bueno fue ese momento.

Jack se quedó un instante viendo ese recuerdo, pasando la mano sobre él aunque sin poder tocarlo, puesto que la mano atravesaba el holograma, cuando algo llamó su atención. Se trataba de un recuerdo que levitaba más alto y que, a diferencia de los otros,

no revoloteaba de un lado a otro, sino que simplemente se mantenía alejado sobre todos los demás, en lo alto del pasillo. Soltó el holograma de Johnny y este recuerdo salió volando, al sentirse liberado. Jack se empinó y estiró el brazo para coger este nuevo recuerdo, que tanta curiosidad le había creado, pero no llegaba. Forzó la vista intentando ver lo que proyectaba en su interior, aunque no lograba reconocer nada. Decidió llamarlo suavemente.

—Ven recuerdo, no te voy a hacer nada.

El recuerdo parecía entender a Jack y comenzó a bajar lentamente hasta que el muchacho consiguió hacerse con él. No memorizaba ese momento donde una mujer joven, delgada y con una túnica blanca tapando todo su cuerpo y cabeza, atravesaba entre los árboles hasta aparecer ante la puerta de La Villa.

—¿Mamá? —preguntó Jack mirando la escena.

La mujer dejó dos cestas en la entrada del orfanato, con dos bebés de apenas dos meses en su interior. Con el rostro lleno de lágrimas, logró decir.

—Que Dios os proteja, hijos míos.

—Mamá, qué bella —dijo Jack mirando atentamente a su madre.

—Yo vendré cada noche a velar vuestros sueños.

Le dio un beso a cada uno de los niños que continuaban durmiendo plácidamente dentro de las cestas. Se quitó dos pulseras de cuero, una de cada muñeca, con una J tallada en madera y suavemente, tratando de no despertar a los niños, las colocó sobre la manta que les protegía del frío.

—Madre Tierra depende de vosotros.

La mujer comenzó a hacerse transparente hasta terminar desapareciendo en el mismo instante que los dos bebés empezaron a llorar, como si supiesen que algo raro había ocurrido.

Jack, sin dejar de observar la escena, soltó el holograma, que permaneció quieto delante del muchacho, y deslizó su mano hasta tocar la J del colgante, atado en la otra mano. El mismo colgante que su madre le puso años atrás.

—Nunca viniste. Ni una sola noche —logro pronunciar con lágrimas también en sus ojos—. ¿Por qué nos dejaste? ¡Éramos bebés!

CAPÍTULO II  
EL ARROYO  
DE LOS MOLINOS



Jack se despertó sobresaltado, tumbado boca arriba, con la respiración entrecortada y jadeando. Miró su puño, cerrado con fuerza. Al abrirlo encontró el colgante que su madre le dejó.

A continuación observó a su alrededor, descubriendo que no se encontraba junto a Aegon en su campamento, sino que estaba en el molino derruido, junto a un arroyo, donde cada vez que abandonaban La Villa iban a pasar las noches jugando, bañándose o simplemente mirando las estrellas.

El molino, situado a unos tres kilómetros del pueblo y en ruinas, ya no servía para lo que fue creado. La gente lo usaba como ropero tirando, en lo que quedaba de él, la ropa que no les servía para que otros pudiesen aprovecharse de ella.

—¿Pero cómo narices...?

No podía explicarse cómo había llegado desde el campamento al molino. Se levantó y caminó hasta una destrozada ventana, desde donde veía la redonda y brillante luna alumbrar por completo el arroyo, testigo de las confidencias e historias que contaban todas las noches sobre un futuro mejor.

Dicho arroyo tenía una charca, originada por una pequeña cascada que bajaba de las montañas más cercanas y que servía para refrescar a los vecinos en las calurosas tardes de verano. Junto a la charca había una zona arenosa, perfecta para jugar o tumbarse y un puente construido entre piedras y ramas de árboles, comunicando la zona arenosa y el molino con un sendero que llegaba hasta el pueblo.

—¿Y tú?! ¿Cómo has llegado aquí?! —preguntó Matías desde la arena, junto a Simón, señalando a Jack.

—No... No lo sé —dijo Jack sin saber qué otra cosa podía responder. Miró nuevamente el colgante y se lo puso en la mano derecha. Bajó entre las piedras hasta llegar junto a sus dos compañeros.

—Pues pedaleando ma... ma... ma... más rápido que nosotros. ¿No ves que ti... ti... ti... tiene aquí la bici? —Simón señaló la tercera bicicleta, la que le dejaron a Jack junto al orfanato, apoyada sobre el molino.

—Cada día eres más flojo, Jack —recriminó Matías—. Podías haberla dejado en el sendero, como todos nosotros.

—Yo no he traído la bici —contestó Jack—. Lo único que recuerdo es que estaba con Aegon y de golpe me encuentro aquí con vosotros.

—Tu sí que te has dado un golpe y has perdido la memoria —bromeó Matías—. Habrás tirado por el atajo para llegar antes que nosotros, y eso que sabes que a tu hermano no le gusta ese camino.

El sonido de los frenos de la bicicleta de Jim hizo que los tres muchachos dejaran a un lado sus dudas. Jim ayudó a bajarse a Helena y, tras dejar la bicicleta junto a la que trajo Simón, cruzaron el puente ante la atenta mirada de un castor que trabajaba incesantemente en su presa. Helena, al ver a Jack, aceleró sus pasos hasta ponerse a su altura y regalarle un beso.

—Jack, me alegra verte hoy aquí. No creí que asomaras, como siempre estás con tu gigantesco amigo —dijo Helena.

—Ho... Hola Helena —respondió sonrojado Jack, que parecía haberle robado la tartamudez a Simón.

—Bueno, dejáros de tonterías que hoy es ya muy tarde —interrumpió Jim cruzando entre Helena y Jack, y tumbándose junto al arroyo con una rama entre sus dientes.

—Eso —dijo Matías—. ¿A qué jugamos?

—Al Que Serías —respondió Simón.

—¿Otra vez, Simón? —protestó Jack.

—Déjalo. Si le gusta ese juego, pues jugaremos a eso —comentó Jim.

—Vale. ¿A quién le toca hoy? —preguntó Matías mirando a Helena y Jack. Comenzaron a reírse los tres, sabiendo que Simón iba a ofrecerse, como siempre.

—A... a... a mí—dijo levantando la mano al cielo Simón y, sin esperar respuesta alguna, salió corriendo al interior del molino.

Helena, Matías y Jack se sentaron junto a Jim.

—Siempre jugamos a lo mismo, qué pesado —protestó Matías.

—Déjalo, que por lo menos uno se divierta —dijo Jim.

Que Serías, el juego que había propuesto Simón, consistía en ir al ropero oficial del pueblo a buscar alguna prenda de las que se encontraban allí e inventarse cómo sería su futuro. Simón disfrutaba jugando siempre a este juego y sus amigos, salvo Matías, disfrutaban igualmente viéndolo feliz. El problema era que a Simón le costaba tener iniciativa y decidir sobre cualquier detalle, así que, si debía elegir sobre su futuro, la tardanza podía ser eterna.

—Ya nos podemos volver al orfanato —bromeó Matías levantándose—. ¡Qué pasa el panadero y aún está buscando algo! —gritó con la intención de que Simón lo oyese.

—No te metas —Helena defendió la tardanza de Simón y de paso dio un pequeño empujón a Matías provocando que este se resbalase—. ¡Animo, Simón!

—¡Vas a tardar un lustro! —gritó Jack.

—¡Es mi futuro, u... u... u... una de... de... de... decisión muy difícil de tomar! —excusaba Simón así su tardanza—. Buscaré todo el tiempo que... que... que... que me haga falta.

—A ver si lo mismo tu futuro es ser basurero y estás limpiando todo el molino —dijo Matías provocando infinidad de carcajadas entre sus amigos.

—¡Toma! —gritó Simón.

Bajó de la derruida casa, con excesivo cuidado de no caer y besar el suelo, con una gorra en las manos. Le dio un pequeño escupitajo a la visera y la limpió con el brazo.

—Ya... ya... ya lo tengo. ¡Seré piloto! —dijo orgulloso, levantando la gorra al cielo para luego ponérsela en su cabeza—. Pi... pi... pi... piloto de a... a... a... aviones comerciales, como en los libros que hemos visto.

—Pero si con lo gordo que estás, como te subas en un avión no va a poder despegar —volvió a bromear Matías, señalando a Simón entre las risas de Jim y Jack.

—¡Tonto! —contestó Simón—. No... no... no... Voy a ser el mejor piloto de todos lo... lo... lo... los tiempos.

—Di que sí, Simón —dijo Helena—. Dinos que harás para ser el mejor.

—Hablar por micrófono —continuó riendo Matías—. “Ho... ho... hola a... a... acabamos de... de... despegar”, y para cuando acabes de saludar, ya habrás aterrizado. Ja, ja, ja.

—Nunca llegaré tarde a ningún sitio. Ningún destino se me resistirá y las tormentas se pondrán a mis pies. Podré visitar todas las ciudades y si me canso de un trayecto ya cambiaré de destino para ver y conocer todas las ciudades y sus culturas —respondió a Helena, ignorando totalmente los comentarios de Matías. Dicho esto, estiró sus brazos horizontalmente y comenzó a moverse por todo el arroyo simulando el ruido de un avión y haciendo eses—. Bruuuuuuuuum.

—Ni una vez ha tartamudeado —Matías salió corriendo detrás de Simón, hasta pillarlo y saltar sobre él, dándole un cariñoso abrazo—. Das miedo cuándo te emocionas tanto.

Los dos compañeros cayeron al suelo entre risas y empujones.

—Oye, Simón —dijo Jack—, ¿y no prefieres ser piloto de guerra?

—No... no... no... —comenzó nuevamente a tartamudear a la vez que consiguió quitarse a Matías de encima—. No me gustan las peleas y lo sabes. Además, e... e... e... estamos en un mundo en paz.

Simón volvió a ponerse en pie y a hacer el avión.

—Bruuuuuuum.

—La paz nunca será posible —dijo Helena—. Mientras por desgracia no haya igualdad en el mundo, nunca habrá paz.

—El mundo es igual para todos. El problema es cuando nosotros creamos las diferencias —intervino Jim en la conversación.

—¿Qué quieres decir?

—Que si a mi hermano y a mí nos educan en un mismo entorno, nunca habrá problemas pero si nos hubiesen educado de

forma diferente, favoreciendo a uno de los dos, se crearían las diferencias que provocaría que nunca existiese la paz.

Jack, con quien no parecía ir la conversación, se levantó y fue al molino, a buscar cosas útiles para él o para Aegon.

—¿Dónde vas Jack? —preguntó Helena—. ¿A ver qué quieres ser tú?

—¿Yo?

—Este buscará el uniforme de azafata para ir con Simón a todos los lados —volvió Matías a sacar sonrisas entre sus compañeros—. Como siempre están tan juntitos.

—Yo lo que quiero ser es libre, para elegir mi destino —dijo Jack, perdiéndose dentro del ropero junto al montón de ropa en el que se había despertado antes. Miró desde esa posición a la luna llena, a través de la ventana y se dejó caer sobre la ropa, murmurando—. Ser libre Aegon, ser libre.

Jack cerró los ojos.

—Mi hermano es demasiado enigmático para ti, Helena —excusó Jim—. Yo, sin embargo, querría ser...

—¡Eh! —interrumpió Matías señalando una carretera, en una montaña próxima, donde las luces de un coche iluminaban parte de la zona—. ¡El panadero! Hay que volver antes de que nos pillen.

—Mecachis. Cada día parece que llega antes. ¡Vámonos! —ordenó Jim.

Pero los únicos que comenzaron a correr cruzando el puente hasta las bicicletas fueron Jim, Helena y Matías.

—¡Vamos, chicos! —volvió a mandar Jim—. ¡Jack! ¡Simón!

Simón, que debería ir volando por Francia, dejó de pilotar su avión al oír los gritos de Jim, levantó la visera y miró buscando a todo el mundo, sin encontrar a nadie.

—¿Chi... chi... chi... chicos? —preguntó asustado al no verlos—. ¿Qué pasa?

—¡Aquí! —gritó Jim sobre la bicicleta, esperando a que Helena también se subiese junto a él y se perdiesen, pedaleando por el sendero, de vuelta a La Villa.

—¡Venga, gordito! Yo te llevo —gritó Matías esperando en la otra bicicleta a Simón.

—Ya verás cuan... cuan... cuan... cuando te pille —amenazó cruzando el puente.

—Sube rápido y ponte a pedalear.

—¿No de... de... de... decías que la llevabas?

—¿Con lo que pesas? No llegamos.

Simón se subió en la bicicleta y comenzó a pedalear a toda prisa, o todo lo rápido que sus pies le permitían, que no era lo mismo.

—Corre corre caminos, corre, que el panadero es nuestro coyote.

Animó Matías a su amigo y miró por última vez al molino, a la bicicleta de Jack, que seguía apoyada en su pared.

—¡Jack! ¡Jack!

—Nos ha tenido que oír, no... no... no... no está sordo —dijo Simón pedaleando.

La segunda bicicleta también se perdió, dirección a Montefrío.

Jack seguía tumbado y con los ojos cerrados. Estaba relajándose, tal y como Aegon le explicó, ajeno a todo lo sucedido en el exterior. Seguía susurrando.

—Yo quiero ser libre, libre...

Jack se encontró nuevamente dentro del oscuro pasillo, pero esta vez no le acompañaban Aegon ni Drake. Comenzó a andar apareciendo, a lo lejos, la brillante luz. Se dirigió a esa luz que una vez más, paso a paso, se hacía más y más grande. Los archivadores estrecharon ese pasillo y los recuerdos volvieron a revolotear a su alrededor, llenando de luz y color el trayecto que recorría Jack, pero esta vez no les hizo caso a esos recuerdos. Seguía acercándose a la luz hasta llegar a ella y, sin dudarlo un instante, atravesarla.

\* \* \*

Jack estaba en el borde de un acantilado. Era de día y no reconocía el lugar. Miró hacia abajo y vio, a mucha distancia, como las olas rompían con fuerza contra la tierra. Le sorprendió lo clara y transparente que era el agua, permitiendo ver desde tan lejos los peces, de cientos de colores, nadando junto a una gran tortuga marina de color verde, la cual, desde el fondo, miraba a Jack y lo saludaba con una de sus aletas.





Un par de preciosas ardillas marrones subieron correteando por los pies de Jack, hasta colocarse cada una en uno de sus hombros. Parecían estar peleando entre ellas por la avellana que escondía una y que no quería compartir con la otra. El muchacho miraba la escena disfrutando de la graciosa disputa que había entre ellas.

—Eso entre hermanos nunca debería pasar —dijo Jack, haciendo que las ardillas dejaran de pelearse y lo mirasen atentamente, moviendo sus graciosas cabezas a la vez, de forma sincronizada.

Jack se agachó y puso a las ardillas sobre el suelo. Cogió la avellana y la partió en dos idénticos trozos, dándole a cada ardilla uno. Las ardillas miraron sus respectivos trozos y, tras sonreír a Jack, volvieron a su hogar, situado en el árbol más cercano.

Una vez solucionado el conflicto, Jack se levantó y observó el enorme océano que se encontraba frente a él, maravillándose con un arcoíris que atravesaba dos bellísimas, altas y acaudaladas cascadas que existían a lo lejos y que caían, incomprensiblemente, desde una gigantesca nube, sin tierra firme por ningún lado que las sujetase. Entre las cascadas y Jack se encontraban decenas de aves de diferentes naturalezas volando, aunque una le llamó la atención más que el resto. Ese animal era un caballo blanco con alas, que parecía cabalgar entre las nubes.

—No puede ser. Un caballo con alas —dijo abriendo los ojos a más no poder mientras pensaba el nombre de ese tipo de animal—. ¡Un pegaso!... Pero, ¿dónde me has mandado, Aegon? —preguntó sin esperar respuesta.

Jack respiraba libertad.

La libertad de la que Aegon le había hablado, con una ligera brisa recorriendo su cara.

*Que bien, que fresquito y lo bien que huele todo aquí. Esto debe ser lo que siente uno cuando es libre,* pensó, disfrutando el momento, hasta que una dulce melodía llamó su atención. Jack se giró a ver de dónde procedía.

Vio que se encontraba al final de un frondoso y precioso bosque, de enormes árboles con incontables y verdosas ramas, tapan-do todo lo que pudiera haber detrás de él. Delante, un lindo rosal indicaba dónde empezaba o acababa el bosque, dependiendo de

si se entraba o se salía de él. El rosal era el más extraño visto nunca, puesto que las rosas tenían distintos colores: rojas, azules, verdes, blancas, rosas o negras eran algunos de los tonos.

—¿Cómo puede existir ese tipo de rosal?

Una mujer llegó al rosal, se agachó de espaldas a Jack y comenzó a coger rosas. La mujer llevaba una túnica blanca que tapaba todo su cuerpo, de los pies a la cabeza. Era la persona que estaba tarareando la melodía que había llamado la atención al joven.

—La, la, la, laaaaaaaa —tarareaba una y otra vez.

Había algo extraño y tranquilizador en esa mujer. Jack se armó de valor y abrió la boca.

—¿Hola?

Al oír la voz de Jack, la mujer se pinchó con una espina del rosal, provocando que unas gotas de sangre cayesen al verdoso y perfecto césped sobre el que estaban. Dejó de tararear, se levantó y comenzó a andar hacia Jack, sin mostrar su rostro, aún tapado por la túnica.

Jack, asustado, retrocedió todo lo que pudo hasta el borde del acantilado. La mujer continuó andando hasta estar frente a él. Se quitó la capucha, mostrando su bello rostro. Jack se quedó sorprendido al ver delante a la misma mujer que vio en el holograma, esa mujer que los abandonó en la puerta del orfanato. O mejor dicho, a su madre.

—Hola —dijo la mujer con los ojos brillando de alegría y acariciando la cara del joven, dejando en ella una pequeña mancha de sangre del dedo con el que se había pinchado antes.

—¿Quién es?

—Estás tan grande y guapo... Jack.

—¿Cómo sabe quién soy?

—Es imposible que me recuerdes, aunque todas las noches fuera a veros —dijo con su dulce voz—. Tú y Jim. Mis pequeñines. Los elegidos.

—¿Yo? ¿Jim? —cada vez estaba más confundido y nervioso—. ¿Dónde estamos? ¿Qué es esto?

De repente, el sol que iluminaba toda la zona se apagó, dejando de brillar, con un halo de luz rojo alrededor.

CAPÍTULO III  
LA RATONERA



Llegaron Jim y Helena a la zona arbolada. Se bajaron de la bicicleta y la escondieron debajo de las rocas salientes, tapándola con ramas y hojas secas que había tiradas por el suelo. Al instante empezó a verse, a lo lejos, la bicicleta de Simón y Matías, con el primero completamente colorado de tanto pedalear.

—Vete tú. ¡Rápido! —ordenó Jim a Helena.

—No. Cuatro manos trabajan más rápido que dos.

Cansado y sin parar de jadear, Simón se bajó de la bicicleta tirándose al suelo mientras Matías escondía también esta segunda bicicleta.

—Por favor —dijo Simón con sus redondos y colorados mofletes a punto de estallar—. En... en... en... enterrad rápido esto, que yo no... no... no... no puedo más.

—Dale tú también a las manos, flojo. Así acabaremos antes —protestó Matías.

—Ha... ha... ha... —intentó responder Simón, pero con el cansancio no podía ni hablar.

—Déjalo —dijo Jim—. Si encima de tartamudear hace que paremos nosotros esperando a ver qué dice, mal vamos.

Seguían enterrando las dos bicicletas mientras Jim no dejaba de mirar al sendero.

—¿Y mi hermano? ¿Cómo es que no ha llegado aún?

—Allí no... no... no... —no podía hablar y respirar a la vez, así que primero tomó una buena bocanada de aire y dijo de un tirón—. No quedaba nadie.

—A lo mejor ha vuelto corriendo —sugirió Helena.

—¿Desde allí? No creo —Matías sacó una de las bicicletas enterradas, se subió en ella y pedaleó por el sendero, de vuelta al arroyo—. Id adentro. Yo iré en su búsqueda, a ver si le ha pasado algo.

—¡Espera! —gritó Simón.

Matías lo ignoró, pedaleando a toda velocidad hacia el arroyo. La furgoneta del panadero adelantó a los niños, avisando que les quedaba poco tiempo.

—Rápido o nos pillarán —dijo Helena.

—¡Rayos! —protestó Jim—. Siempre haciendo el tonto y arriesgando a los demás.

Lo que quedaba del quinteto volvió corriendo al orfanato, atravesando primero la grieta de la muralla y luego haciendo lo mismo por el agujero de los aseos, a través del cual, horas antes, habían iniciado su aventura. Se agacharon y lo cruzaron Jim, seguido por Helena y, tras ellos, el cansado Simón. Al llegar a los aseos, sin tiempo ni para limpiarse las ropas y las manos, recorrieron los pasillos que les llevaban a sus habitaciones. No se pararon ni para despedirse los varones de la fémina que, en una esquina, se desvió de los muchachos tomando dirección hacia los dormitorios de las chicas y así conseguir ponerse a salvo de los Rufos.

\* \* \*

Matías llegó hasta el arroyo frenando bruscamente la bicicleta.

—¡Jack! ¡Jack! —gritó desesperadamente sin recibir respuesta—. ¡Jack!

Fue al derruido molino, buscando a Jack dentro del ropero, donde recordaba haberlo visto por última vez.

—¡Jack! ¿Dónde estás?

Sus gritos recibieron un silencio por respuesta. No sabía qué hacer, puesto que allí no estaba y por el camino no se lo había encontrado.

—La bici...

Recordó Matías la bicicleta de Jack apoyada en el muro. Salió del molino y miró, pero la bicicleta ya no estaba.

—Si no está la bici, él tampoco tiene que estar por aquí —razonó corriendo hasta donde había dejado su bicicleta.

Se paró sobre el puente y miró al suelo, viendo las marcas de ruedas de dos bicicletas.

—Las ruedas de su bici al entrar y al salir del arroyo. Espero que no te haya pasado nada, amigo.

Cogió su bicicleta pedaleando, una vez más, al orfanato y gritando por todo el camino el nombre de su amigo.

—¡Jack! ¡Jack! —preocupado, llamaba al gemelo a cada diez metros—. ¡Jaaaack!



\*\*\*

Jim y Simón entraron cuidadosamente en el dormitorio, cada uno con un rostro distinto en sus caras. Mientras Simón, que se quedó en la puerta vigilando a ver si sus compañeros volvían, mostraba preocupación por sus amigos aunque aliviado al estar a salvo del peligro, la de Jim denotaba enfado, mucho enfado con su hermano. Andaba a su cama cuando un bulto en la de su hermano llamó su atención.

—No puede ser —se sorprendió Jim cogiendo una esquina de la sábana y tirando de ella, descubriendo dentro a Jack, durmiendo como si no hubiese pasado nada—. ¡Serás...! —gritó, provocando que su hermano despertase, así como la mayoría de los niños de la habitación. Jack abrió los ojos, desubicado y desconcertado al ver dónde se encontraba.

—¿Pero cómo he...? —miró a su hermano—. ¿Cómo he llegado aquí, Jim?

Jim soltó un manotazo en la cara de Jack, despertando con el ruido a los niños que aún permanecían dormidos.

—Que... que... que... —Simón, asustado, fue corriendo a su cama—. Que viene Don Rufus.

Avisó así a todos los compañeros que el director del orfanato se aproximaba al dormitorio a paso ligero, seguramente con intención de entrar. Los niños del dormitorio se miraron preocupados.

—Qué raro —dijo uno de los huérfanos—. Nunca viene a despertarnos él.

Otro niño se asomó a la puerta.

—Don Rufus con dos Rufos —avisó metiéndose en la cama y tapándose con las sábanas, haciéndose el dormido, al igual que el resto de los niños.

Jim agarró un conjunto de pijamas sucios, de uno de los rincones del dormitorio, y los colocó en la cama de Matías, intentando emular la silueta de una persona. Le echó la sábana por encima y, corriendo, se acostó en su cama.

Reinó el silencio en el dormitorio hasta que entraron Don Rufus, el director del centro, junto a un par de vigilantes.

Don Rufus era un hombre alto, delgado, de cara estirada, mirada vanidosa y con un fino, puntiagudo y alargado bigote. Acompañado siempre por un palo largo en su mano, haciendo las funciones de bastón, no porque lo necesitase para andar, sino por el respeto que el artículo infundía entre los niños.

Vestido con una larguísima túnica negra que llevaba siempre arrastrando, puntiagudas hombreras y un guante en una de sus dos manos. Tras Don Rufus entraron dos vigilantes que se quedaron quietos junto a las puertas de la habitación, esperando

órdenes. Uno de los vigilantes llevaba unas hojas donde probablemente estaban escritos los nombres de los niños de cada habitación.

—Luces —ordenó Don Rufus a sus ayudantes, lanzándoles su bastón.

Uno de los Rufos cogió el bastón al vuelo y lo usó para apretar el interruptor, ubicado a gran altura junto a la puerta, evitando así que los niños lo usasen. Dos lámparas colocadas en el centro se encendieron, iluminando toda la habitación.

—Todos en pie. Hay recuento antes de desayunar —gritó uno de los dos vigilantes.

—Y rapidito —dijo el segundo, devolviendo el bastón al director.

—Mi... mi... mi... mierda —susurró Simón, intentando contener las lágrimas al ver que Matías no estaba a su lado.

—Todo por tu culpa —incurrió Jim a Jack, también en el más bajo posible de los tonos.

Los jóvenes comenzaron a levantarse y, como siempre que había recuento, colocarse delante de sus camas. Don Rufus paseaba de un lado a otro entre las dos hileras de camas, esperando que los niños más dormilones también se ubicasen en su sitio.

—Mientras os levantáis os diré que, como todos los años, la semana que viene es el día de adopción, es decir, el día que padres y madres de todos los lugares del mundo vienen deseando adoptar un niño buenecito, guapito y huerfanito —dijo irónicamente Don Rufus—. En esta semana, si os portáis bien, os daré una camiseta a cada uno de vosotros con un número impreso en ella, con el fin de facilitar a todos el trabajo y reconocer qué niño es adoptado por cada familia.

Don Rufus se paró delante de un Simón cabizbajo. Utilizó su bastón para colocarlo debajo de la mandíbula del niño y elevarlo, obligando a Simón a elevar también la cabeza. El vanidoso director lo miró con una mueca de asco.

—No sé yo si perder el tiempo en darte a ti un número porque, con esa cara y ese pelado, dudo que alguien te quiera adoptar —le dijo.

Simón comenzó a llorar, no únicamente por lo que le acababa de decir el mandamás de La Villa, sino porque pensaba aún en su amigo Matías.

—Y encima llorón y sensiblón. Qué asco —añadió uno de los Rufos.

Don Rufus dejó a Simón y se paró en la cama de Matías, donde el hueco delante de ella delataba que allí faltaba un niño por levantarse. Se acercó a la cama y con la punta de su bastón dio un par de toques al bulto que había debajo de la sábana.

—¡Levántese, señor...! —hizo una pausa y miró a uno de sus ayudantes, el que tenía los folios con los nombres de todos los niños. Echó un vistazo a sus hojas.

—¡Matías, señor! —respondió.

—¡Levántese, señor Matías! —volvió a decir Don Rufus al bulto. Esperó un minuto, pero no había movimiento debajo de la sábana—. Es la tercera y última vez que se lo pido. ¡ARRIBA!

El silencio reinó en la sala. Uno de los ayudantes se acercó a la cama y levantó bruscamente la sábana. Allí no había ningún niño, sino un conjunto de pijamas sucios que atravesaban la cama a lo largo.

—¡Don Rufus, no hay nadie! —avisó el vigilante.

—¡Rápido, al bosque! —respondió enfurecido Don Rufus—. Hay que encontrarlo como sea.

Salieron los tres hombres del dormitorio, a paso ligero, dejando a todos los niños asustados, mirándose entre sí y preocupados por el futuro que le podía esperar a Matías cuando lo pillasen, porque lo único que tenían seguro era que, pillar, lo pillaban.

—Lo siento —pidió disculpas Jack a su hermano.

—A quien deberías pedir perdón es a Matías. A mí, olvídate.

—¿Qué le va a pasar? —preguntaron unos niños.

—Que lo mandaran a la ratonera —contestaron otros.

—¿La ratonera?

—Un lugar oscuro y pequeño que hay en las zonas más bajas del orfanato. No mide más de dos metros cuadrados. Al entrar en La Villa es lo que te encuentras al principio de la montaña, a la izquierda.

—Lo usaban antiguamente para encerrar a prisioneros en las guerras y luego de tumbas —interrumpió otro niño—. Aún hay

huesos de los prisioneros y dicen que sus espíritus merodean todavía por allí, pidiendo justicia.

A cada frase que soltaban los niños por su boca sobre las horribles historias de las ratoneras, Simón derramaba más y más lágrimas.

—Son pequeñas y horribles. Todos los niños que han entrado en ellas se han vuelto locos al estar allí encerrados, solos, sin ver la luz del día, bebiendo poquísima agua y comiendo pan duro, día tras día, durante su encierro. ¿Os acordáis de Juanjo?

—Sí—respondió un niño desde lo lejos, asomando la cabeza de la fila—. Juanjo el Loco, ¿no?

—Pues ese mote se lo pusieron después de estar dos meses en la ratonera. Se lo llevaron a encerrarlo en un loquero y de allí lo echaron de lo loco que estaba.

Tras oír todo lo que contaban los compañeros, Jack volvió a intentar hablar con su hermano.

—De verdad que lo siento Jim. No sé qué pasó.

—Lo que pasó es lo que pasa siempre. Que solo te preocupas por ti y nunca por el grupo, ni por tus amigos —respondió enfurecido.

—¡A desayunar! —interrumpió gritando desde la puerta un trabajador del orfanato, encargado de pasar por todas las habitaciones.

Los niños se giraron mirando a la puerta y comenzaron a andar hacia el comedor, sin desviarse ni un centímetro de la línea imaginaria que separaba al primer niño del último, dando todos los pasos sincronizados, como si de un desfile militar se tratase.

Al salir de la habitación seguían a otros niños, de menor edad, procedentes de las habitaciones anteriores. A Jack, el último niño, se le sumaban muchachos mayores, de los dormitorios siguientes, hasta llegar a una gran sala con dos enormes puertas de madera, custodiada por Rufos.

La gran sala, usada como comedor, era diáfana y fría. En su altísimo techo había siete lámparas de araña, iluminadas con velas. Simón siempre que entraba pensaba lo mismo: *¿Cómo llegarán allí arriba para encender las velas? ¿Con palos? ¿Volando? ¿Subiéndose unos encima de otros?*

Aunque ese día fue el único, de todos sus años en el centro, que ni se le pasó por la cabeza la pregunta. Seis de las siete lámparas alumbraban las tres larguísimas mesas, con sus seis largos y estrechos bancos sobre los que se sentaban los niños conforme llegaban en el más riguroso silencio. La séptima lámpara, la más grande de todas, estaba al fondo de la sala, sobre una mesa puesta horizontalmente a las otras tres y donde los trabajadores y Don Rufus comían. Un tétrico sillón era el asiento del director, presidiendo la mesa y todo el comedor.

Junto a la mesa presidencial había dos puertas, una por cada lado. Los niños nunca usaban esas puertas, que eran para los trabajadores y el director del centro.

Al entrar todos los niños y sentarse, Jack se dio cuenta que ese día no iba a ser normal, puesto que los Rufos no cerraron las puertas del comedor.

—No cierran —susurraron unos niños mayores, junto a los hermanos.

—Algo ha tenido que pasar.

—¿El qué?

—Sí. En mi habitación se ha escapado uno —cotillearon otros.

—¿Quién?

—Mati.

—¿El pequeñajo? —otro curioso entró en la conversación.

La noticia se estaba extendiendo por todo el comedor.

—Entonces ánimo, que hoy no comemos —lamentó uno de los niños de mayor edad.

—Hoy y vete tú a saber hasta cuando —dijo otro. Se giró a los de la habitación de Jack, amenazando—. Ya os lo agradeceremos en el patio, mocosos.

En cuestión de segundos, desde la esquina de la primera mesa hasta el final de la última, todos los niños se enteraron de lo sucedido.

—¡En pie! —ordenó un Rufo.

Una de las dos puertas del fondo se abrió y entraron seis personas. Delante, marcando el paso, Don Rufus, seguido por cuatro Rufos que custodiaban en el centro al pequeño y cabizbajo Matías, maniatado. Don Rufus llegó a su tétrico sillón y se sentó,

dejando a sus ayudantes y a Matías delante de la mesa, en pie, mirando a todos los niños. Una vez sentado el director del centro, los huérfanos podían sentarse nuevamente.

—No, no hace falta que os sentéis —dijo Don Rufus—. Hoy no esperéis nada para desayunar. Bueno —pensó un instante—, ni de desayunar, ni nada de comer en lo que queda de día, y todo gracias a vuestro amigo... —calló un segundo esperando, nuevamente, que algún ayudante le refrescase el nombre del escapado.

Uno de los vigilantes salió corriendo, dando la vuelta a la mesa hasta llegar a Don Rufus y susurrarle al oído el nombre del niño.

—Matías, señor.

Y volvió corriendo a su sitio.

—A vuestro amigo Matías —continuó Don Rufus—. El problema es que lo hemos encontrado en el bosque, fuera de La Villa, junto a unas rocas, enterrando tres bicicletas y, como solo tiene dos piernas... Las cuentas no me salen —dijo irónicamente contando con sus manos—. Dos piernas, tres bicicletas...

Don Rufus se levantó y caminó serio hacia Matías hasta situarse junto a él.

—Así que. Quiero que me digas ahora mismo quiénes son tus dos compañeros de fuga. Me da igual que sean diez o veinte, como he encontrado tres bicicletas, quiero dos nombres más.

Matías continuó cabizbajo, intentando evitar levantar la vista y mirar al director a los ojos.

—¡Quiero dos nombres! —volvió a pedir algo más serio y amenazante—. Si no me dices sus nombres, irás a las catacumbas.

Matías parecía mudo y sordo, puesto que ni contestaba ni se inmutaba.

—Te puedo hacer un trato. Si me dices a dos personas, te perdono el castigo de las catacumbas a cambio de limpiar los servicios durante un mes —quiso negociar de esta forma Don Rufus mientras daba un largo trago a su dorada copa de vino.

Hubo un murmullo general en la sala. La mayoría de los niños apostarían que Matías terminaría delatando a sus amigos antes de aceptar ser encerrado en la ratonera.

—No —susurró Jim, siendo oído solo por unos pocos niños que estaban cerca—. Mati nunca nos delatará.

—¡No! —respondió finalmente Matías—. Iba solo.

—¡No seas tonto! —elevó el tono de voz Don Rufus, lanzando su copa de vino contra la pared y acercándose a Matías, agarrándolo por los hombros—. Había tres bicicletas y muchos rastros de rueda sobre la tierra. ¡Dime ahora mismo sus nombres!

—¡No! —repitió Matías—. No puedo inventarme nombres.

Don Rufus se le acercó a su oído y le susurró.

—Solo tienes que levantar la vista y mirar a tus compañeros. No me hacen falta sus nombres, con ver tus ojos es suficiente y prometo recompensarte por ello —sonrió—. Mira a Jack y a Jim y deja que yo haga el resto.

Matías, sorprendido al oír los nombres de sus amigos, intentó no inmutarse para que el director no se diese cuenta de su acierto.

—Todo por mi culpa —dijo Jack a Jim ante la atenta y lejana mirada de Helena.

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó serio su hermano.

—Arreglarlo.

Jack fue a dar un paso adelante, culpándose y librando del castigo a Matías, pero Jim lo frenó dándole un tirón del brazo.

—Déjate de tonterías. De todas formas él va a ir a la ratonera. No pretendas que los demás lo acompañemos.

—Pero ha sido culpa mía.

—Fue culpa suya ir a buscarte. Nadie le obligó a hacerse el valiente y volver a por ti.

Don Rufus, aún agachado junto al oído de Matías, observó de reojo el amago de Jack. Se levantó y volvió a poner la vista en su preso, mirándolo de arriba abajo.

—¿Entonces? —preguntó Don Rufus.

—No. No hay trato.

—¡Maldito mocoso! Tú sigue siendo leal a tus amigos y verás qué futuro te espera. Te doy la última oportunidad.

—Le repito que iba solo —Matías respondió una vez más, pero esta vez levantando la cabeza, retando con la mirada al director—. La ratonera será un hogar ideal para mí, donde por lo menos no tendré que ver su fea cara todos los días.

Don Rufus recogió el brazo y lo estiró, dando un manotazo en la cara al joven, que hizo todo lo posible por no caer al suelo y no

demostrar debilidad alguna. Volvió a mirar al director, sonriéndole, provocando que todos los presentes se sorprendiesen al ver la reacción del niño.

—¡A las catacumbas! —gritó Matías a los Rufos, adelantándose a Don Rufus—. Venga, inútiles esclavos de Don Rufus.

—¡A las catacumbas! —gritó muy enfurecido Don Rufus, no se sabía si por la negativa del joven a cooperar o por la sonrisa retadora con la que le contestó—. Y a partir de ahora se reforzarán las guardias nocturnas. Y dad gracias a Dios a que nos obligan a hacer el día de adopción, que si por mi fuese, os quedabais todos castigados en las celdas de por vida.

Dos vigilantes agarraron a Matías de los hombros y lo arrastraron hacia la puerta opuesta por la que entraron. Realizando ese recorrido, Matías levantó la cabeza buscando la mesa en la que tantas y tantas veces había comido junto a sus amigos Jack, Jim y Simón. Con los ojos llenos de lágrimas, se armó de valor y, al verlos, les dedicó una última sonrisa, acompañada con el signo de la victoria que hizo con su mano, intentando decirles con ello “No os preocupéis por mí, chicos. Todo va a ir bien. Recordadme con esta sonrisa”.

Los niños de la sala aplaudieron el valor y la entereza que Matías tuvo en todo momento. Los únicos sin aplaudir fueron, precisamente, sus mejores amigos, cada uno por un motivo distinto. Jim estaba cabreado, Jack preocupado y Simón asustado y mirando a ambos lados, pensando que en cualquier momento los vigilantes lo cogerían para mandarlo también a la ratonera.

—¡Animo, Mati! —gritó un niño.

—Estaremos siempre contigo —dijo otro por la otra zona del comedor—. Rufus, dictador.

—¡Idiotas! —gritó el director a los niños. Se dirigió a sus Rufos—. Que vuelvan a sus dormitorios.

Don Rufus se fue cabreado por la puerta contraria a la que mandó a Matías y los vigilantes ordenaron a los huérfanos regresar a las habitaciones. Los niños, salvo Jim y Jack que permanecían quietos en sus respectivos sitios, acataron sin rechistar la orden y comenzaron a abandonar el comedor.

—No me creo tu sonrisa —dijo Jim en referencia al último instante de Matías en la sala.

—Lo siento, hermano.

—Lo único que sientes es que todo esto ha sido por tu culpa. No que sientas lo que va a sufrir Mati —su tono de voz denotaba rabia.

Jack intentó consolar a Jim, colocando el brazo en el hombro de su hermano, pero este lo apartó y se fue de la sala sin decirle ni una sola palabra. Jack se quedó mirando la mano que su hermano rechazó y se sorprendió. Tenía una pequeña mancha de sangre.

—¿Pero esto de dónde diantres ha salido? —se preguntó, recordando cómo la mujer de Madre Tierra le rozó la cara con el dedo que se había pinchado en el rosal.

Fue a la mesa presidencial, a coger del suelo la copa que tiró Don Rufus para poder ver su rostro reflejado en ella. Efectivamente, tenía una pequeña mancha de sangre en su cara, justo donde la mujer le acarició en el sueño.

—No puede ser cierto. Me voy a volver loco —dijo descolocado.

Un Rufo dio un golpe en la puerta haciendo que Jack soltase la copa de sus manos y esta cayese al suelo.

—Vamos, chaval. Vuelve a tu habitación antes de que sea demasiado tarde —le aconsejó desde la puerta. Jack aceptó la orden sin dejar de mirar su mano. Al pasar delante del Rufo, este le dijo—. Piensa en Madre Tierra, eso es lo más importante ahora.

Esas palabras hicieron que Jack levantase la vista y se girase rápidamente al vigilante, sin encontrar a nadie. Entró nuevamente al comedor, tratando de localizarlo, hasta que otro vigilante desde el fondo de la sala gritó de malos modos.

—Quieres dejar de hacer el tonto y volver con los demás o te llevo a ti también a las catacumbas.

Jack lo miró, asintió y salió corriendo del comedor a su dormitorio.

\* \* \*

Los siguientes días no fueron normales. Jim no se hablaba ni relacionaba con nadie, ni siquiera Helena, la compañera de la que estaba enamorado, conseguía sacarle una sola palabra. Su mejor amigo del orfanato estaba encarcelado en las ratoneras y no podía hacer nada. Jack, por su parte, había intentado acercarse a hablar con su hermano, sin conseguirlo, a la vez que ignoraba a Helena cada vez que se le acercaba.

—Tú no tienes la culpa —le repetía la bella muchacha una y otra vez.

—Sí la tengo —era la única respuesta que obtenía de Jack.

Y Simón...

El pobre Simón no paraba de llorar por las esquinas. Se encontraba solo, sin poder hablar con Jack ni con Jim y siendo únicamente consolado por Helena. No podía pegar bocado a la comida, no dormía por las noches y no se le pasaba por la cabeza hacer uso de los servicios.

\* \* \*

Una de las noches que Simón sollozaba en la cama, se le acercó Jack.

—¿Qué te pasa?

—No aguanto más, Jack —respondió—. Me duele la barriga de los nervios y no aguanto más aquí. No quiero seguir aquí —se abrazó a Jack llorando hasta quedar dormido en sus brazos.

—No te preocupes —lo acostó y le prometió al oído, sabedor que Simón, ya dormido, no podía escucharle—. Idearemos un plan para que te adopten, pero para eso tienes que ser fuerte los dos días que quedan.

Un ronquido fue la respuesta que Simón le dio a Jack, que se volvió a su cama a intentar dormir. Al no conseguir conciliar el sueño, volvió junto a la cama de Simón, sentándose en el suelo y velando porque su amigo descansase.

\* \* \*

Fuera del orfanato, en ese pequeño descampado donde la tienda de campaña más desastrosa del mundo permanecía aún

en pie, Aegon y su fiel Drake esperaban noche tras noche la visita de Jack, con comida para sus vacías barrigas, cosa que por desgracia no pasaba.

—Algo ha ocurrido, Drake —lamentaba Aegon mirando el iluminado dormitorio de Don Rufus—. ¿Qué has hecho?

\* \* \*

A la mañana siguiente, Don Rufus entró a despertar a los jóvenes como muchas las mañanas pero, a diferencia de otros días, en este dejó caer una camiseta a los pies de cada cama, con un número a su espalda. Al llegar a la última cama dijo retrocediendo hasta la puerta.

—A mi pesar, mañana es el ansioso día de la adopción. Ruego a los asistentes que mañana se pongan las camisetas con su número, para que las familias que vengan a adoptar puedan, de una forma más fácil, elegir a su víctima —paró un segundo junto a la cama de un pensativo Jack, con quien parecía no ir la información, más pendiente de lo que rondaba por su cabeza que por lo que decía el director—. Perdón, quería decir a su deseado niño. A los aquí presentes, les recuerdo, que con la edad que tienen les quedan pocas oportunidades para ser adoptados, así que suerte a todos y a luchar por robarles el corazón a los futuros padres.

Anduvo hasta la puerta, donde dio por finalizado su discurso con un sonoro portazo.

—Que no se nos olviden los números —comentaban los niños alegres, cogiendo las camisetas y memorizando sus números.

Jim recogió su camiseta, con el número 1977, y la de su amigo Matías, con el 1976, y las guardó debajo de su almohada, sin darles importancia, marchándose de la habitación. Simón cogió igualmente la suya, con una sonrisa en la cara y también la guardó debajo de su almohada, no sin antes darle un beso a su número, el 1979. Jack le dio un toque en el hombro.

—¿Dónde vas? —preguntó Jack.

—¿Qué... que... que... quieres, Jack?

—Tu camiseta.

—¿Por qué? ¿Qué pa... pa... pa... pasa? —preguntó intrigado Simón.

—Que me la voy a quedar —respondió Jack con una sonrisa. La primera sonrisa que mostraba en una semana—. Si tienes que depender de ti para salir de esta pocilga, no lo conseguirás nunca, así que mañana yo me pondré tu camiseta y lograré que te adopten.

—Pero, ¿y tú? ¿Y la tuya?

—Tu llevarás mi camiseta —guiñó e hizo un gesto para que guardara silencio—. Solo te pido que no te acerques a nadie, que nadie quiera adoptarte porque yo no me voy de aquí hasta que libere a Mati de la ratonera.

—No seas loco, o acabarás co... co... co... como él.

—Se lo debo a Mati y se lo debo a él —indicó con la cabeza la cama de Jim—. Nunca me perdonaría no haber ayudado a su mejor amigo —se giró nuevamente y abrazó a Simón—. Así que vamos a disfrutar de nuestras últimas horas juntos, cobardica.

Jack le dio una cariñosa colleja a Simón y salió corriendo de la habitación.

—Simón la llevaaaa —avisó a todos los niños—. Simón la llevaaaa.

Los niños se animaron y salieron corriendo de la habitación, dejando a Simón solo.

—Ca... ca... ca... capullos, no vais a poder huir de mí —amenazó corriendo detrás de todos los jóvenes.

CAPÍTULO IV  
EI CAMPAMENTO



Cayó la noche en Montefrío y los niños se acostaron en sus respectivas camas, soñando con ser elegidos al día siguiente y poder salir de La Villa para siempre. Aunque, a diferencia del resto, eso no parecía ser lo que deseaba Jack. Lo único que tenía en mente era salvar de las ratoneras a su amigo Matías y escaparse con Simón, Helena y su hermano Jim.

Jack se levantó a mitad de la noche, silenciosa y lentamente, como había hecho tantas veces con sus compañeros. Miró la cama de Matías, deseando encontrarlo debajo de las sábanas, pero eso no iba a ser posible.

*Por ahora, pensó.*

—Buscaré cómo sacarte de la ratonera y escaparnos. Te lo prometo —murmuró cogiendo la camiseta, con los restos de comida que había guardado debajo de su cama, y salió de la habitación, arrastrándose previamente entre las camas.

Con más cuidado que nunca, puesto que Don Rufus amenazó con reforzar las vigilancias y castigar con dureza a quien no cumpliera una sola de las normas, a Jack le sorprendió que hubiese menos Rufos de lo habitual. A decir verdad, no es que hubiese menos, es que no encontró ninguno por el camino hasta los aseos.

Abrió la puerta, pero algo le hizo mirar al otro lado del pasillo, al fondo, donde había otra puerta que bajaba hasta las ratoneras.

—Mati...

Dudó entre seguir su camino o intentar visitar a su compañero y, lógicamente, ganó lo segundo. Bajó con cuidado por las oscu-

ras escaleras de caracol que se encontró al traspasar la puerta. A mitad de camino no veía nada, por lo que decidió retroceder sobre sus pasos y coger una de las antorchas que colgaban iluminando los pasillos.

Bajó una segunda vez, sin cuidado, puesto que con la antorcha iluminando su paso, poco podría esconderse y disimular si lo pillaba alguien. Tras infinidad de peldaños, llegó a las catacumbas, donde echó un vistazo rápido al pequeño y redondo pasillo de suelo arenoso. Alrededor podía ver una veintena de minúsculas puertas, tan pequeñas que para poder entrar por ellas tenía que agacharse bastante, con un agujero en el centro de cada una por donde se comunicaban con los presos.

Solo existía una puerta cerrada, probablemente con Matías encerrado en su interior. Jack se acercó al agujero de la puerta, ahora sí, con cuidado.

—¿Mati? ¿Mati?

No recibió respuesta. Miró por el agujero, pero la oscuridad no le dejó ver si había algo en su interior. Acercó la antorcha y volvió a mirar, sorprendiéndose al ver a Matías, de rodillas, delante suya con un ojo cerrado y el otro vendado. Estaba como en trance o dormido.

—Mati, ¿qué te ha pasado? Mati... Responde.

No consiguió que Matías reaccionase a sus palabras, preocupando a Jack. Encima, el sonido de unos pasos delató que alguien bajaba por las escaleras.

—¡Leches!

Tiró la antorcha a la arena, apagándola con los pies y escondiéndose en la primera catacumba que encontró abierta, dándose un golpe en la cabeza al entrar por la minúscula puerta.

*Esta vez sí que me pillan*, pensó asustado.

Cerró los ojos rezando que pasase el peligro.

Por las escaleras bajó Don Rufus, con un cuervo sobre su hombro y una antorcha en la mano. El cuervo miró la antorcha apagada en el suelo y luego a su dueño, como diciéndole algo al oído. El director miró a su cuervo y luego al suelo, siguiendo con la mirada las huellas que dejó marcadas Jack en la arena, desde la catacumba de Matías hasta donde se había escondido.

—Te he entendido, pero ahora mismo no es ningún problema —dijo al cuervo—. ¡Venid aquí!

El llamamiento del director hizo que empezasen a salir ratas de las catacumbas, incluso desde la de Jack, haciendo que el joven se tapase la boca para no gritar.

¿Cómo habrá hecho Don Rufus para atraerlas?, se preguntó con un gesto de asco en su cara.

Al menos quince ratas se pusieron delante del director, quietas y esperando tranquilamente a que este extendiese sus manos sobre ellas, concentrándose. Un haz de luz azul alumbró desde sus manos a las ratas y estas comenzaron a crecer, transformándose en los vigilantes del centro.

Jack se sorprendió al ver el reflejo azul en toda la catacumba.

—Bien, muchachos. Rápido y a vuestros puestos —dijo a las ratas convertidas en vigilantes—. Un último esfuerzo, que no puede salir nada mal. Yo mientras voy a la celda del niño. Tengo que darle una buena noticia.

Los Rufos asintieron y subieron las escaleras, ocupando sus puestos de vigilancia. Don Rufus abrió la celda y entró a hablar con Matías.

Al escuchar Jack abrir la cerradura, asomó la cabeza y vio que no había nadie delante. Tomó una gran bocanada de aire y salió corriendo por las escaleras en dirección a los aseos, su principal destino esa noche.

Entró rápidamente en los aseos y, aún temblando, dio un salto buscando el cuchillo, pero no lo encontró. Un segundo salto tuvo el mismo resultado. Preocupado porque no estuviese el cubierto allí, dio un nuevo y fortísimo salto, consiguiendo, ahora sí, tocar el cuchillo y hacer que este cayese al suelo.

—Tranquilo Jack, no ha pasado nada. Unas ratas, nada más —trataba de tranquilizarse—. Unas ratas y una extraña luz azul...

Sus palabras no lograron tranquilizarlo. Se puso a desatornillar los tornillos de la rendija, cuando una mano le dio una palmada en la espalda, provocando que Jack se quedase completamente pálido.

*Lo sabía, pensó.*

Al girarse encontró a su hermano Jim.

—Qué susto me diste —comentó aliviado, con un sudor frío en su frente.

—¿Dónde te crees que vas? He visto cómo guardabas comida otra vez.

—A ver a Aegon. A despedirme de él por lo que pueda pasar mañana —respondió girándose a la rendija a continuar con su tarea.

—¿Vas a volver a arriesgarte por un pobre viejo?

—No es un pobre viejo, es mi amigo —quitó el último tornillo.

—Como te dije el otro día, perdí a mi mejor amigo esta semana, no quiero perder también a mi hermano.

—Yo también perdí a Mati. Y no olvido que está encerrado dentro de la ratonera por mi culpa. Conseguiré sacarlo de allí —se metió dentro del agujero—. Si te vas al arroyo, pon la tapa de lado, para que no te deje fuera al volver.

Jack desapareció de la vista de Jim.

Una vez fuera del orfanato comenzó a andar entre los árboles, sin tener que esconderse en ningún momento, puesto que no había nadie vigilando a su alrededor. Ni los de la zona norte ni los de la entrada principal, permitiendo a Jack relajarse y continuar su camino hacia el campamento, sin ver que su hermano Jim le seguía.

—¿Aegon? —preguntó Jack al llegar a la destrozada tienda. No oyó respuesta alguna—. Soy yo. ¿Estás ahí?

Jack se asomó a la tienda buscando dentro a su amigo, pero tampoco estaba. Dejó la comida que trajo junto a la entrada de la tienda. Lo que eran las cosas, la de tiempo que conocía a Aegon y por temor o por respeto nunca había entrado en ella.

En lo alto de uno de los árboles, sobre una recia rama y sin ser visto por Jack, se acomodó un cuervo, el mismo cuervo que acompañaba al director en su hombro y que parecía observar atentamente todos los movimientos que hacía el joven, como los de su hermano, escondido en un arbusto detrás de la tienda.

Aegon, junto a Drake, se acercó a Jack por la espalda.

—Ahí no. Estoy aquí, pequeño —respondió Aegon detrás de Jack, el cual, aliviado al oírlo, se le acercó, lo abrazó y comenzó a llorar soltando todo el dolor y rabia que tenía contenida en todos

estos días—. Yo también me alegro de verte —sonrió abrazando al niño cariñosamente.

—Yo sí que me alegro. Lo he pasado muy mal estos últimos días.

—¿Qué ha pasado? —preguntó separando a Jack y sentándolo junto a él en el tronco.

Drake se acercó a Jack, lamiéndole la mano y sentándose también junto a ellos, tratando de animar al pequeño huérfano.

—Lo pillaron... Fuera de La Villa y...—no lograba hablar con claridad—. Lo han metido en la ratonera.

—¿Lo pillaron? ¿A quién? —preguntó despistado Aegon.

—A Matías. A mi amigo Mati. Lo pillaron el último día que salimos y lo han mandado a la ratonera. Por mi culpa Aegon, todo por mi culpa —dijo Jack—. No sé cómo pasé de aquí al río y del río a la cama del orfanato.

—No te entiendo, Jack.

Era la primera vez desde que Aegon lo conocía que le llamaba por su nombre. No lograba entender todo lo que le estaba contando hoy y no sabía qué contestar.

—Vamos por partes. ¿Por qué dices que atraparon a tu amigo por tu culpa?

—Porque la última vez —comenzó a explicar más tranquilo—, la última vez que vine aquí, cuando me dijiste lo de ser libre, aparecí de repente en el río y no me acuerdo ni de despedirme de ti, ni de ir al río en bici, ni nada.

Miró Aegon a Drake, como pidiendo permiso, pero el pastor alemán negó con la cabeza.

—Claro que te despediste. Me comentaste que estabas muy cansado y que no sabías si ir al río o a dormir. Veo que fuiste entonces allí.

—Pero luego, Aegon, luego, en el río, volví a intentar ser libre y atravesé la luz.

Drake dejó de negar con la cabeza y se puso en pie, con una oreja, la buena, tan tiesa como una antena parabólica, mirando a Aegon, cuya cara también cambió radicalmente al oír al joven.

—¿Cómo? ¿Qué atravesaste el pasillo? —se sorprendió Aegon—. ¿Qué viste?

—Un acantilado. Un hermoso acantilado con una cascada preciosa que bajaba desde el cielo al mar, como si desde una nube lloviese constantemente agua. Caballos voladores, un lindo bosque y una mujer —sus ojos brillaban cada vez más—. La mujer más guapa que nunca había visto, pidiéndome que salvase Madre Tierra.

Paró un momento para tragar saliva y contar la parte negativa de su breve paso por Madre Tierra.

—Luego, aparecieron unos seres monstruosos, verdes, feos y gigantescos que raptaron a la bella mujer y casi me matan a mí.

—¿Orcos? ¿Con sol? No puede ser.

—No. De repente oscureció. Como si el sol que brillaba se hubiese apagado.

—Maldición —lamentó Aegon—. Entonces el Guardián de Agua también ha caído.

—¡Guardián de Agua, es verdad! Eso fue lo que dijo la mujer, que agua había muerto o algo de eso.

Drake no dejaba de mirar a Aegon y hacer gestos con la cabeza, como si invitase a su amo a no seguir con la conversación. Aegon, sin embargo, parecía no hacerle caso a su fiel amigo. Respiró profundamente y dijo.

—Vaya, vaya. Madre Tierra... Por fin.

—¿Por fin? —se sorprendió ahora Jack.

—Por fin has logrado entrar. Creía que no estabas preparado —pegó un largo trago al cartón que tenía junto a la hoguera—. Es hora de tener una larga charla.

Aegon calló y observó cómo un arbusto se movía constantemente detrás de la tienda de campaña.

—Pero... Ahora deberías volver al orfanato. Se hace tarde —algo le hizo cambiar de opinión. Drake volvió a relajarse, tumbándose otra vez.

—Pero y lo de ma... —Aegon tapó la boca a Jack.

—Mañana será otro día, ¿no? —guiñó a Jack y le hizo una señal con el dedo para que permaneciese callado.

—Lo de... —pensó un segundo y miró a ambos lados disimuladamente, tratando de encontrar un motivo por el que Aegon le hubiese invitado a cambiar de tema—. ¿Lo de la adopción?

Preguntó para saber si ese tema era del agrado de su amigo.

—Sí, eso. La adopción —asintió—. Hoy puede ser el último día que nos veamos. Espero que vuelvas a tu cama ya que, si mañana tienes suerte, te esperará un largo viaje.

—A lo mejor no me adoptan —sonrió guiñando esta vez Jack a Aegon—. Puede que nadie me quiera y me quede un año más aquí contigo. Tengo muchas cosas aún que aprender de ti.

—No digas eso —se agachó Aegon sobre Jack y le susurró al oído—. Seguro que un matrimonio grandote está muy interesado en adoptar al número 1978. Pero no se lo digas a nadie.

Jack se sorprendió al oír a Aegon decir su número de camiseta, porque no se lo había mencionado. Tenía muchas cosas que preguntar y no sabía por qué no podía hacerlo ahora.

—No le des más vueltas. Ya lo comprenderás —dijo Aegon, girándose y estirando los brazos.

—Pues no creo que me cojan, porque mañana llevaré el número 79 y no el 78 —corrigió Jack a Aegon.

—¿Cómo que el 79? —parecía un juego y ahora el sorprendido era Aegon. Incluso más de lo que Jack lo había hecho antes.

—Voy a cambiarme la camiseta con Simón e intentar encontrar, entre todas las familias, alguien que quiera adoptar ese número. Como sabrá, una vez que alguien firma llevarse ese número no pueden cambiarlo, por muchos errores que se hayan cometido.

—Maldito tramposillo. Pero eso significa que al final del día tú volverás a poseer tu camiseta, ¿no?

—Sí. Nos las cambiaremos otra vez. Así, si adoptan al número 79, Simón dejará La Villa ante la sorpresa de sus futuros padres. Ja, ja, ja.

—Bueno pequeño, mañana por la noche, si no te han adoptado, seguiremos hablando. Ahora es demasiado tarde para ti.

—Si señor —respondió Jack y, sin discutir ni un solo segundo, regresó corriendo al orfanato, desapareciendo de la vista de Aegon y Drake, gritando—: ¡En la entrada de su tienda tiene la comida que le he traído!

Drake abrió sus ojos, levantó la orejota y salió corriendo, sentándose junto a la tienda de campaña, dispuesto a comerse el bocadillo que había traído el joven mientras Aegon, una vez cer-

ciorado que Jack estaba demasiado lejos, miró al arbusto que no había parado de moverse.

—¿Y tú, no deberías volver al orfanato antes de que sea demasiado tarde?

—Solo he venido a proteger a mi hermano —dijo Jim saliendo de los arbustos hasta colocarse delante de Aegon, con el rostro serio.

—Me alegra conocerte por fin, Jim —extendió la mano—. Eres clavado a tu hermano.

—Deja en paz a mi hermano de una vez —respondió dando un sonoro manotazo a la mano de Aegon, haciendo que Drake dejase de comer mirando la escena. Al ver que su amo no pasaba peligro, volvió a sus quehaceres con la comida—. No quiero que arriesgue la vida todas las noches por un vagabundo como tú —terminó diciendo y salió corriendo por el mismo camino que había tomado su hermano minutos antes.

—¡Jim! —llamó Aegon al joven para que parase su carrera, sin conseguirlo—. También te necesitamos a ti —dijo sin que el muchacho pudiese escucharlo ya.

Drake se puso en pie y comenzó a ladrar al árbol donde el cuervo estaba observándolos, llamando la atención de su amo, con el fin de ponerlo en aviso que algo había allí. Aegon dirigió sus ojos a lo alto del árbol y vio como el cuervo salió volando hacia el orfanato, donde Don Rufus tenía su despacho.

—¿Qué estarás planeando, Rufus?

—No te preocupes de él ahora. Tenemos que prepararnos para el viaje —oyó Aegon detrás suya.

—Ya lo sé. Avisa a los Taladores que aunque vean a Jack con el número 1979, al que tienen que adoptar es al 1978.

—Eso ya lo saben.

—Va Julius. Si se lo recordamos una vez más no pasará nada —informó Aegon y se fue a por la comida que Jack había traído, encontrándose solo unos huesos de pollo en el suelo y a Drake dándole el último bocado a un bocadillo, su bocadillo.

—Maldito chuchó —recriminó al animal, metiéndose ambos en la tienda de campaña con intenciones de descansar—. Y sí, el carácter de Jim me preocupa, y mucho.

En el despacho de Don Rufus entró volando el cuervo, apoyándose sobre el hombro del director y susurrando al oído todo lo que había visto en el descampado, para posteriormente revolotear hasta una jaula de madera que había junto a la ventana.

—Así que mañana nuestro gemelito favorito empieza con el número 79 y acaba con el 78.

Dijo mirando por la ventana el descampado de Aegon, el cual estaba entrando a la tienda de campaña junto a su perro Drake. Luego sus ojos siguieron la carrera de Jack, atravesando todo el bosque para meterse entre las piedras que comunicaban con el aseo.

—Pues tendremos que hacer algo para que el 78 no salga de La Villa. ¿No crees, hijo?

—Sí, padre —dijo una persona que permanecía quieta entre las sombras del despacho.

Don Rufus seguía mirando el bosque, por donde corría ahora Jim, haciendo el mismo recorrido que su hermano.

—Y muy interesante la agresividad del hermano. Me recuerda a mí. Habrá que intentar potenciarla también.

—¿Cómo? —preguntó la desconocida voz.

—Hay un cuento que dice que una persona tenía dos voces en su cabeza. Una de las voces era enojada, violenta y vengadora. La otra estaba llena de amor y dulzura.

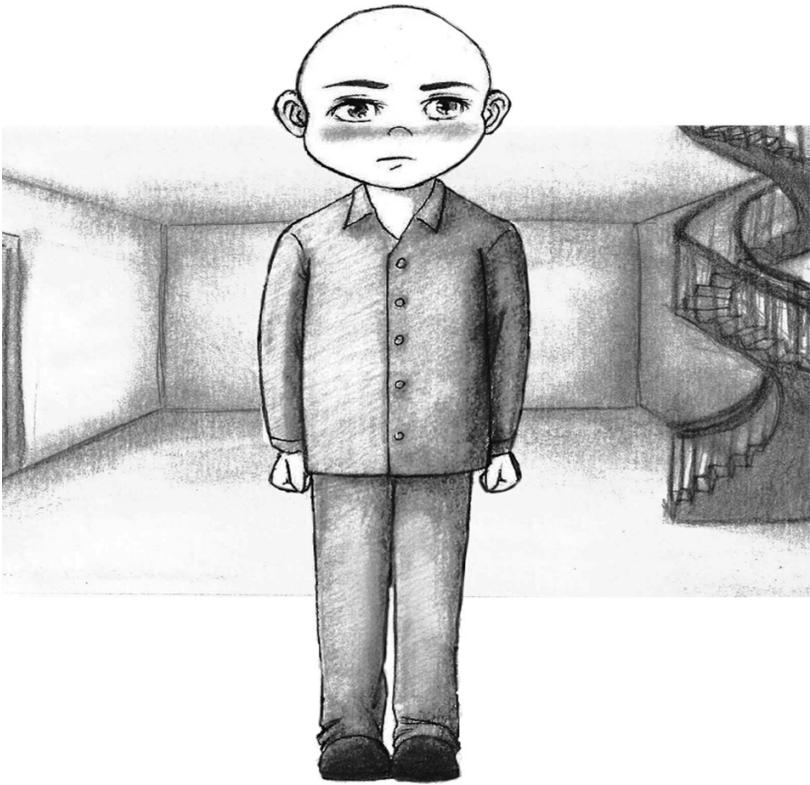
—¿Qué quiere decir?

—¿Qué voz ganaría en tu cabeza?

—¿La que grite más fuerte?

—La que tú alimentes. Así que, si alimentas la primera voz, crearemos violencia y rencor —concluyó Don Rufus, viendo cómo Jim terminaba entrando por el agujero de los aseos.

CAPÍTULO V  
EI HALI



Las puertas del orfanato se abrieron de par en par, con una agradable sinfonía de fondo sonando a través de los viejos altavoces que colgaban del techo del *hall* principal, ocultando el grotesco ruido de las viejas bisagras. Por la puerta comenzaron a entrar un gran número de parejas, de distintos países, que se habían dado cita en este pequeño pueblo para conseguir un hijo “a su gusto”.

Matrimonios ingleses, llegados en avión con su pulcra puntualidad y muy bien vestidos se mezclaban con matrimonios franceses, inconfundibles por sus finos andares, japoneses de miradas sospechosas y uniformados con preciosos kimonos bañados en oro o rusos abrigados hasta las ojeras con caloríficas ropas, provocando sudores solo con verlos,...

Todas estas familias, y muchas más, al parecer tenían un elemento común: un poder adquisitivo elevado.

Hizo su entrada en el *hall* el director del centro, cruzando la sala hasta ubicarse en una pequeña zona elevada del fondo.

—Buenos días futuros padres. Bienvenidos a La Villa y al día de adopción. Este es el día más importante de todo el año para los niños del orfanato y, por supuesto, para mí también. ¿No se nota? —preguntó irónicamente Don Rufus sin esbozar una sola sonrisa—. Detrás está el patio principal. Bueno... Mejor dicho, el único patio de La Villa —por fin sonrió—. Por el que se llega atravesando la puerta que tienen ustedes a su derecha. He de contarles...

Un ruido, como de un coche chocando contra un árbol, procedente de la calle hizo que el director callase.

—¡Te dije que tuvieras cuidado con el árbol! —se oyó gritar a una mujer desde la calle.

—Lo siento, mami. La costumbre de trabajar talando árboles, que cada vez que veo uno... —se disculpaba un hombre también desde la calle—. ¡Árbol va!

¡CRASSSSS!

El sonido de un árbol cayendo hizo que se levantase una gran cortina de humo en la entrada del *hall*, manchando las impolutas ropas de los presentes. Conforme iba desapareciendo la polvareda, dos gruesas y gigantescas siluetas aparecieron en la puerta. Se trataba de un aldeano matrimonio compuesto por Isabel y Julius.

De elevada edad, altos, gruesos y cabellos largos. Él llevaba gran barba plateada y vestimenta marrón, sin mangas, dejando ver sus peludos y grandes brazos. Hecha con la piel de algún gran animal, la ropa le llegaba hasta la mitad de los muslos, entallada con un cinturón de cuero tapado por su enorme barriga. Con una corbata clara y manchada, probablemente, de la leche que había desayunado ese día.

Ella, con un moño plateado mal recogido y algo menos de bigote que su marido, llevaba un vestido largo, de lana plisada, del mismo color que la ropa de su marido y tapado en gran parte por una especie de delantal.

El resto de familias los miraron con repugnancia, preguntándose qué hacían ellos allí, provocando incomodidad en la última pareja que había entrado.

—¿Dónde se habrán dejado estos trogloditas el mazo? —preguntó uno de los adinerados padres.

—En la cueva, con las ratas —respondió riéndose otro, provocando carcajadas en la mayoría de los futuros padres.

—Ponte el sombrero, papi —regañó Isabel en voz baja a Julius, al ver las risas de los demás—. No me he puesto mis mejores ropas para que se rían de nosotros.

—No me gusta, mami —contestó el—. Y no me líes, que se me olvida —y en voz baja—. 1978, 1978, 1978...

—¡Que te lo pongas! Que vean que somos igual de importantes que ellos —dijo un tirón en el brazo de Julius.

—Me da vergüenza usar sombrero —dijo Julius, intentando que no se le notase mover los labios—. 1978, 1978...

—¡El sombrero! —ordenó.

Sacó Julius un ridículo y minúsculo bombín negro que tenía escondido a su espalda y se lo colocó en su enorme cabeza. Estaba claro que no era de su talla. Quizás porque no existan tallas tan grandes.

—¡Así no! —Isabel ladeó el bombín, dándole a su marido un toque moderno—. Qué guapo.

—Bueno. A ver si da tiempo de acabar hoy... —dijo desde el otro fondo de la sala Don Rufus—. Como iba diciendo, he de contarles unas pequeñas condiciones que han de saber y aceptar para poder pasar las puertas del patio, donde podrán ver y hablar con todos los niños que deseen. Para empezar, informar que la adopción es gratuita. Nadie debe pagar nada por ella, pero para que nos quedemos tranquilos sabiendo que los niños van a estar en las mejores y más ricas manos, están invitados a dar una donación monetaria y elevada.

Un hombre se situó junto al director, con muchos papeles en sus manos.

—Les presento a Eduardo, contable del centro. Irá pasando entre todos ustedes para recibir el dinero que, como he dicho, voluntariamente van a dar. Anotándoles luego.

Eduardo comenzó a recoger las donaciones de los matrimonios, que daban cheques sonrientemente mientras miraban de reojo al último matrimonio, dudando que pudieran abonar tal cantidad de dinero.

Llegó Eduardo a la altura de Julius e Isabel y los miró fríamente. Julius le devolvió la fría mirada con una sonrisa. Isabel, por su parte, no paraba de quitar el polvo que había caído en los hombros de su marido.

—¿Y bien? —preguntó Eduardo.

—Ah. Perdón —se disculpó quitándose el ridículo bombín que tapaba parte de su cabeza y saludando educadamente al contable. Se notaba que Julius no disfrutaba ni sabía lidiar este tipo de actos tan pomposos.

—Deduzco que no tienen dinero para donar una interesante cantidad —contestó desafiando Eduardo.

—Sí, sí... Eso. El número 1978 es el que queremos —dijo Julius colocándose otra vez el bombín—. Es usted muy competente y todo muy rápido... Muchas gracias. ¿Lo recojo aquí o fuera? —dándole la mano a Eduardo y un fuerte golpe en la espalda.

—No, papi. Se refiere al dinero. Que paguemos —dijo Isabel—. En el carro lo hemos dejado. Ve a por él.

—Ya, ya... Era para ver su reacción —intentó disimular Julius su error.

El resto de presentes volvía a reír mientras el grueso hombre salía corriendo a por el dinero.

*Y que con estos me queráis impresionar, Aegon,* pensó Don Rufus.

—Perdone, pero estamos tan nerviosos que se nos olvidan las normas —excusaba Isabel la actitud de su marido, que ya regresaba con un enorme saco entre sus manos.

—Aquí lo tiene —dijo soltando el saco en el suelo, provocando dos grotescos sonidos. Uno, el de dicho saco al caer; y otro, el de Eduardo gritando porque tenía el pie debajo del saco.

—¡Aaaaaaaaah!

—Todo el dinero que pedían. El número 1978 —repitió otra vez Julius—. Muchas gracias. ¿Lo recojo aquí o fuera?

—Pero si aún no ha visto ningún niño. ¿Cómo va a decir número alguno? —protestó Eduardo quitando como pudo el saco de su pie—. Y este dinero... ¿No tienen cheques ni nada parecido?

—De eso no dijeron nada —se excusó Julius—. Y ahora, si nos permite...

Levantó Julius su bombín e inclinó la cabeza, saludando por segunda vez a Eduardo. Su mujer se enganchó al brazo de Julius y anduvieron, entre todas las familias, sin parar de saludar a las parejas que se cruzaban a cada paso, mostrando inmejorable educación.

—Buenos días. Buenos días. Buenos días —repetía el saludo Julius una y otra vez.

—Buenos días —respondían uno tras otro los matrimonios, hasta llegar Isabel y Julius a la primera fila, delante de Don Rufus, tapando al resto de familias.

—Bueno, a ver si acaba esto ya —dijo Don Rufus—. Otro dato de interés a tener en cuenta es que, por mucho dinero que crean tener, no podrán adoptar más de un niño por familia. Cuando decidan qué hijo quieren adoptar, informen a Eduardo de su elección, anotando el número que les digan. Si se equivocan de número, no es nuestra culpa y se llevarán el número seleccionado.

—¿Digo ahora el número, mami? —preguntó Julius a Isabel en voz baja.

—No, papi, aún no.

—Ya verás como se me olvide —refunfuñó.

—¡No sé yo si me dará tiempo a anotar nada! —gritó Eduardo desde el fondo de la sala, donde con una daga rompía el enorme saco que había dejado Julius, cayendo desperdigadas todas las monedas al suelo.

—Perdón —volvió a disculparse Isabel—. Es que mi marido se ha dejado la chequera en el otro traje.

—¿Qué traje? —preguntó Julius—. ¿El de echarles de comer a los marranos?

El resto de familias comenzó a reír a carcajadas.

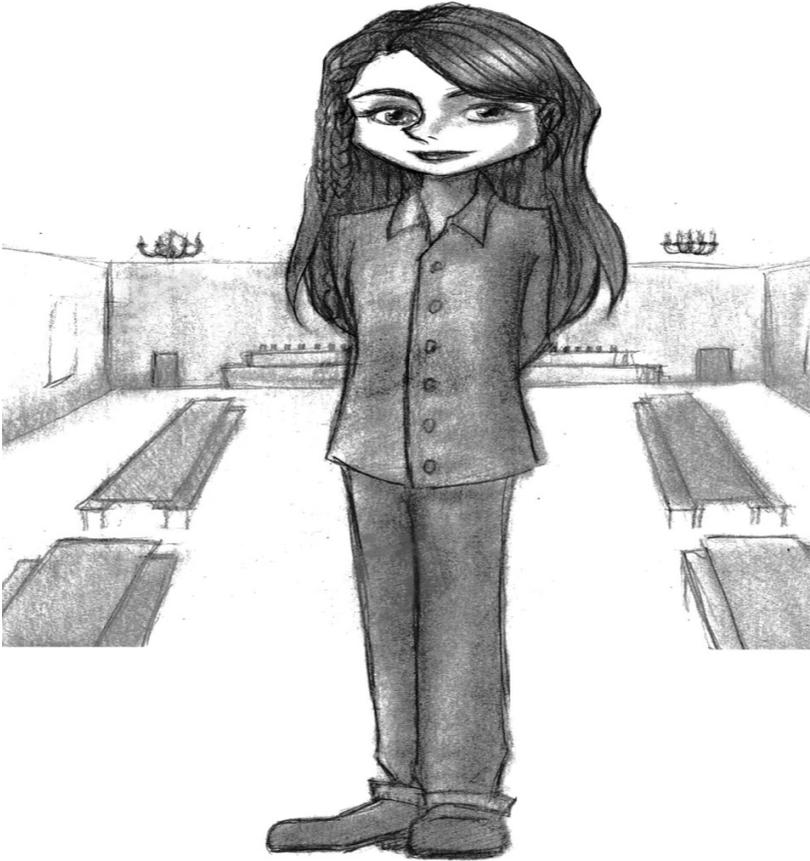
—No me avergüences más —regañó en voz baja ella.

—Lo que espero es que esté todo —interrumpió Don Rufus—. Hasta la última moneda. Y avisadles igualmente, que para evitar rebeldías, peleas y enfrentamientos, tanto de niños como de adultos, no informen a los críos de sus elecciones ya que mi obligación como director del centro es comunicárselo yo mismo, mientras me despido con lágrimas en los ojos.

Don Rufus se acercó a las puertas del patio y estas empezaron a abrirse de par en par con el consentimiento del director, que elevando los brazos, gritó.

—¡Que comience el día de adopción!

CAPÍTULO VI  
EI COMEDOR



Las familias pasaron por la puerta que les llevaba al patio y al bosque que protegía la muralla, donde los niños estaban jugando, riendo, llorando o simplemente sentados, esperando su oportunidad. Los futuros padres paseaban por el patio, con el fin de encontrar algún niño que satisficiera sus necesidades o gustos. Los niños más grandes sabían que debían utilizar sus mejores dotes para no perder contra los más pequeños, claros favoritos a la hora de ser adoptados.

Había padres con el niño elegido incluso antes de llegar, así que nada más entrar en el patio, se giraban a Eduardo y rápidamente le informaban del número que figuraba en sus espaldas. Otros padres, más dubitativos, no paraban de dar vueltas por toda la antigua fortaleza, hasta decidir qué niño elegir.

En el patio, dentro del aljibe, se encontraban escondidos Jack y Simón, con las camisetas cambiadas. Simón se subió sobre los hombros de Jack y se asomó, agarrándose a las piedras que sobresalían, intentando ver a los futuros padres que pasaban por allí.

—Una, dos, tre... tre... tre... tres... —contaba alegremente—. Quince, dieciséis...

—¿No puedes ver qué pareja te gusta y bajarte ya?

—¿Qué num... num... num... número va detrás del veintidós?

—Veintitrés.

—Ah, vale —continuó contando agarrado a las piedras—. Ti... ti... ti... tío, hay cincuenta y dos familias —sonrió—, cincuenta y dos po... po... po... posibilidades.

—Así me gusta, Simón, que seas positivo. Y ahora, bájate que me estás haciendo daño en los hombros.

—¡Ostras! —acababa Simón de ver al gran matrimonio entrando en el patio—. A esa familia ni... ni... ni... ni te acerques.

—¿A qué familia?

—A esa —contestó señalando desde el aljibe a la pareja, sin acordarse que Jack estaba debajo y no podía ver nada.

—Jope. Qué daño haces —Jack se apartó de la pared, dejando a Simón colgado de las piedras—, y cómo pesas.

—¿Qué haces? —protestó Simón.

—Ir a ver al matrimonio que no quieres de padres —dijo Jack acariciando sus dolorosos hombros para, una vez aliviados, salir corriendo con el número 1979 en su camiseta.

—¡Pero no me dejes a... a... a... aquí colgado!

Jack subió por la otra esquina del aljibe, que tenía mejores salientes sobre los que apoyarse, hasta que en el último paso, una gran mano lo agarró y, de un tirón, lo sacó de allí y lo puso en el suelo. La dueña de la mano era Isabel, que miraba a Jack sonriendo.

—Ya estás arriba, guapo.

—Gracias, señor —la miró otra vez—. Señora, señora... —corrigió fatigado.

Se fue corriendo, mirando de reojo a la mujer y dispuesto a encontrar a los mejores padres del mundo para Simón, cuando tropezó con el cuerpo de Julius y cayó al suelo.

—Ay.

—¿Dónde vas corriendo, loco? —regañó Julius— ¡Que nos vas a arrasar y lastimar!

Jack se levantó y, sin decir una sola palabra, continuó corriendo, pensando que esa sería la familia a la que se referiría Simón.

—Déjalo cariño. Vamos nosotros a nuestra misión —dijo Isabel a su gruñón marido.

Observaba el matrimonio a los niños que estaban por allí, quienes, al verlos, se miraban entre ellos y pasaban a otro lado de La Villa, tapándose los números que llevaban en sus espaldas para que no fueran vistos por Isabel o Julius y no poder decírselos a Eduardo, evitando ser anotados en la lista.

—¡Simón, tus padres vienen a por ti! —corrían gritando entre risas los niños.

Isabel miró con decepción cómo todos los niños pasaban corriendo entre ellos, asustados o burlándose.

—¿Has visto cómo nos miran, papi?

—No les hagas caso. Son críos —justificaba así los malos modos de los niños.

Un pequeño de tres años se acercó a Isabel, que lo cogió entre sus manos.

—Echo de menos a nuestro hijo —dijo con tristeza—. Los orcos nos arrebataron lo mejor de nuestras vidas.

—Yo también, mami, por eso aceptamos esta misión. ¿No lo recuerdas?

Julius le quitó el niño de las manos a Isabel y lo puso en el suelo, pero el crío siguió delante, sin moverse de allí, sonriéndolos.

—Buuuu —asustó Julius al niño que, ahora sí, salió corriendo y llorando—. Espero que termine esto pronto.

—Quédate por aquí si te agobias. Yo voy a ver a los niños jugar —dijo Isabel.

Julius se fue al fondo del aljibe, junto a la pared en la que aún colgaba de espaldas Simón. Miró cómo pataleaba el niño, esperando a que Jack se acordase de él y le ayudase a bajar.

—¿Cómo habrás llegado hasta aquí, mocoso? —preguntó Julius, cogiéndolo y soltándolo en tierra firme—. Ale, ahora asústate y sal corriendo tú también, que yo tengo cosas que hacer —le dijo sentándose en el suelo y cerrando los ojos—. 1978, 1978, 1978...

—Gra... gra... gra... gracias, señor —agradeció Simón—. Espero que sepan e... e... e... elegir bien.

Se sentó junto al gran hombre y suspiraron los dos a la vez.

—Ojalá acabe pronto este día —dijeron.

Para luego seguir cada uno en voz baja.

—1978, 1978, 1978, 1978... —refunfuñaba Julius.

—1979, 1979, 1979, 1979... —rezaba Simón.

Pasaron las horas y los dos seguían sentados y pensando en lo suyo.

—1978, 1978, 1978, 1978... —rezaba Simón.

—1979, 1979, 1979, 1979... —refunfuñaba Julius.

Durante todo el día, los niños mostraron sus armas para encandilar a las familias que habían ido hasta La Villa. Algunos no paraban de llorar, otros hacer reír o trucos de magia. Todo valía para conseguir que los padres fueran a por el contable y anotase sus números.

Muchos padres tenían que volver una y otra vez al patio porque ciertos números ya estaban elegidos, y así, poco a poco, fueron desapareciendo padres del patio y del bosque del orfanato hasta que, finalmente, a mitad de la tarde el último matrimonio salió en busca de Eduardo, anotando al último afortunado del año y provocando que las puertas del *hall*, que comunicaban con el patio, se cerrasen definitivamente.

—Todos los jóvenes vayan al comedor, por favor —pedía educadamente el altavoz del centro.

\* \* \*

En la puerta por la que los trabajadores entraban al comedor estaba Eduardo esperando a Don Rufus que hizo acto de presencia con bastante atraso.

—A ver, dame la lista, Eduardo —ordenó.

Al verla se extrañó, observando los números elegidos.

—¿Qué tramas, Aegon?

—¿Encerramos al 1978 cuando haga el cambio de camisetas como nos ordenó?

—No. No va a hacer falta que lo pillemos —devolvió las hojas al contable—. Y decidle a mi hijo que haga lo pactado.

Los niños y niñas estaban en pie reunidos en el comedor, con las mesas apartadas en una esquina, esperando saber quiénes habían sido los afortunados ese año. Jack pasó entre todos, buscando a Simón.

—Con lo grande que eres y lo bien que te escondes cuando te apetece —dijo Jack al encontrarlo. Se puso a buscar con la mirada a su hermano Jim.

—¿Co... Co... Cómo ha ido? —preguntó Simón preocupado.

—Seguro que alguien te adopta, amigo mío —respondió feliz.

—¡Silencio! —gritó un vigilante desde una de las puertas laterales del salón—. Hace su aparición el director del centro: ¡Don Rufus!

Los pocos niños que estaban sentados en el suelo se levantaron y observaron atentamente cómo Don Rufus entraba en la sala, con Eduardo y una pequeña pero importante lista apuntada en unos folios. Jack, como el resto de los niños, no dejaba de mirar la lista, sin darse cuenta que Helena se situaba junto a él y detrás, a dos filas, Jim, quien vio cómo la muchacha cogió la mano de su hermano. Jack se sorprendió, al notar que alguien le había cogido la mano, se giró, y al verla, le sonrió.

—Ojalá haya suerte y te adopten.

—Yo espero que todos seamos adoptados —respondió ella—. Nos merecemos salir de aquí de una vez.

—Tienes razón. Voy a ver si encuentro a mi hermano. Solo me falta que se vaya y no sea capaz ni de despedirse. Y de paso le cambio la camiseta a Simón, que ya va siendo hora —miró a la preciosa Helena a los ojos—. Espero de corazón que seas adoptada —y luego, mirando a su amigo—. Vamos, Simón.

Jack dejó a Helena y atravesó, entre el resto de niños, buscando un rincón donde cambiar la camiseta y de paso, buscar a su hermano. Jim vio el momento perfecto para acercarse a Helena y despedirse también de ella. Se quedó mirando su espalda, cubierta por su larga melena negra, hasta que tragó saliva y decidió ponerse a su lado.

—Qué nervios, ¿no? —preguntó Jim dándole la mano a la muchacha.

—Has sido muy rápido —apretó fuerte la mano de Jim con sus dos manos y lo miró a los ojos—. No te lo tendría que decir yo, pero... Ha llegado el momento. Tenemos que salvarlos.

—¿Salvar el qué? —se sorprendió Jim.

—Madre Tierra.

—¿Qué?

La voz de Don Rufus interrumpió la extraña conversación.

—Silencio todo el mundo o impido cualquier adopción —amenazó Don Rufus desde la zona elevada del salón—. Ha llegado la hora de decir qué féminas han sido elegidas por los padres

adoptivos —miró con cara de desprecio a todos los niños y cogió los papeles que le ofrecía Eduardo—. Espero que sea esto rapidito, sin tonterías ni nada parecido. Conforme vaya mencionando los números, que sus dueños vayan saliendo por esta puerta en dirección a su nueva vida. Así pues, comencemos con el primer número. El 0120.

Se produjo un enorme silencio en la sala.

Ni un murmullo.

Ni un ruido.

Nada se oía ni nadie se movía. Es como si el tiempo se hubiese parado en ese instante. Don Rufus miró desde la derecha hasta la izquierda, lentamente.

—A ver si es que somos sordillas. He dicho que, de forma rapidita, crucen la puerta conforme vayamos llamando a la gente, que no tengo todo el día. Repito el primer número. El 0120, salga de la sala por esa puerta. Si no lo hace diremos que se ha escapado y la mandaremos a las catacumbas un año completito.

Una pequeña y tímida niña de seis años, ojos verdes, rubia de pelo largo, delgada y sin zapatos, dio un pasito hacia delante, provocando que todas las cabezas se girasen a mirarla, avergonzándola aún más.

—Soy yo —logró decir la tímida pequeña, sin levantar su mirada del suelo.

—Me alegra mucho que seas tú —ironizó Don Rufus imitando la voz de la niña—. Pero coge el caninito y sal por esa puerta, que tengo muchas cosas que hacer hoy.

La pequeña comenzó a andar entre todos los niños, hasta llegar a los dos escalones que diferenciaban la zona de niños de la de los trabajadores del centro. Subió los escalones con un par de graciosos saltitos y pasó por delante de los Rufos, Eduardo y Don Rufus. Al llegar a la puerta se giró y volvió sobre sus pasos hasta ponerse frente al director.

—Muchas gracias.

—Dáselas a quién te ha adoptado, mocosa —respondió sin mirarla—. Y de paso, que te compren unos zapatos nuevos.

—Soy Laura, no mocosa —dijo la pequeña, mirando al director—. Y tú tonto.

Le dio una patada en las espinillas a Don Rufus y se fue corriendo a la puerta. Todos los niños de la sala, y algún Rufo, soltaron enormes carcajadas con la respuesta retadora de la pequeña a Don Rufus, antes de desaparecer del salón y probablemente del orfanato para el resto de su vida.

—Muy graciosa la mocosa. Ahora esperemos que los siguientes elegidos no sean tan graciosos y lentos como ella, sino nos pondremos a tomar medidas drásticas —amenazó acariciando su dolorosa espinilla—. Aunque por desgracia no haya celdas para tantos niños.

Esa amenaza hizo que los niños dejaran de reír y prestaran total atención a los números que fuera diciendo Don Rufus.

—Sigamos pues. El 0130, 0222, 0345, 0655,...

Comenzó a decir números sin parar. Las niñas seleccionadas salían corriendo, tomando el camino de su libertad. Niñas de distintas edades cruzaban la puerta de la sala sin decir nada y con una amplia sonrisa en su cara, mientras dejaban a las demás, las que se quedaban dentro del centro, con un rostro totalmente diferente, puesto que cada número nombrado por Don Rufus suponía una opción menos para el resto de niños.

Todo iba bien, con Jack en el fondo de la sala cambiándose la camiseta junto a Simón y su hermano Jim feliz al lado de Helena, cogidos de la mano, hasta que Don Rufus mencionó a la siguiente afortunada.

—El siguiente y último número de las chicas —miró descaradamente a Helena y Jim y les sonrió—. El 1911.

Simón dio un golpe sobre la barriga de Jack, de espaldas a Don Rufus, terminando de ponerse su auténtica camiseta.

—¿Qué? —preguntó Jack.

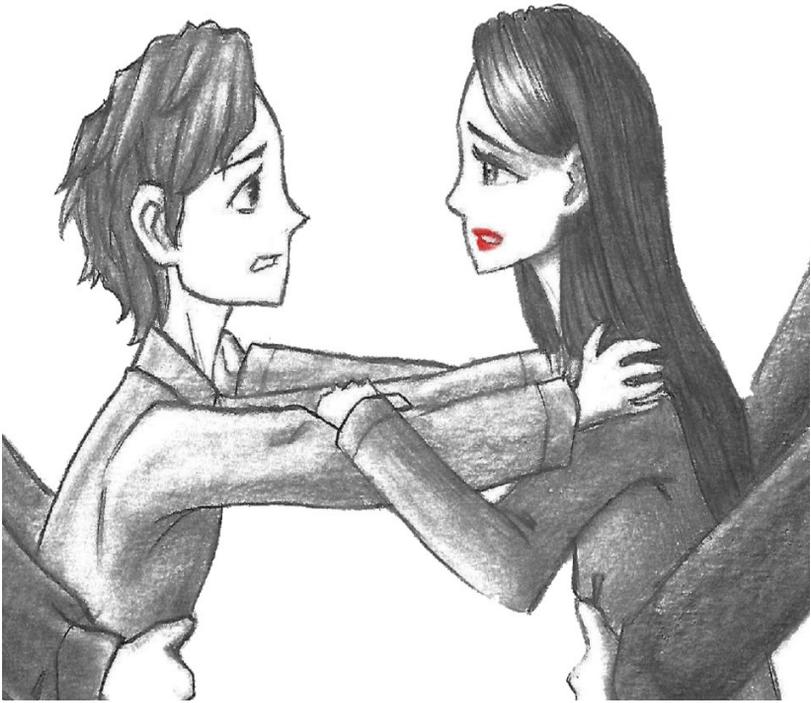
—He... He... He... Helena.

—¡¿Qué?!

—Que han elegido a Helena.

—Lo sabía —murmuró Jack—. No sé cómo, pero ella sabía que este iba a ser su año.

Jack se giró buscando a su hermano, que se encontraba junto a Helena. El rostro de Jim cambió completamente, palideciendo. Su mano apretó con fuerza la mano de Helena mientras susurraba.



—No. Tú no, Helena. No —cabizbajo no era capaz de levantar la cabeza, como si acabase de caer una enorme piedra sobre ella.

Helena, sin embargo, no varió un ápice de su cara, dando la impresión de saber que este año era su momento, el momento de abandonar el centro y comenzar una nueva vida con una auténtica familia. Se giró a Jim y le acarició la cara con las dos manos, sonriendo.

—No te preocupes. Estaba todo previsto —intentó, con esas palabras, consolar a su amigo—. Nos veremos fuera antes de lo que crees. Recuerda que tienes que salvarlos. Solo tú puedes hacerlo.

Dio Helena un beso en la mejilla a Jim, por la que corría una lágrima.

—Helena... No, por favor —seguía murmurando Jim.

Helena se fue caminando hacia la puerta.

Jim no paraba de escuchar en su cabeza las últimas palabras de Helena “Salvarlos”. “Solo tú”. Pero... *¿Salvarlos de qué? ¿A qué se estaba refiriendo Helena con eso?*, se preguntaba.

Sus puños se cerraron tan fuerte que comenzaron a salirle gotas de sangre, por lo profundo que clavó las uñas en las palmas de sus manos. Jack, al ver la escena, terminó de colocarse la camiseta con Simón y corrió junto a su hermano.

—Tranquilo, hermano, va a un lugar mejor.

—No. No es justo. Es lo único que me quedaba en el orfanato —hablaba con rabia. Levantó la mirada a Helena, quien pasaba delante de Don Rufus, a menos de diez metros de la puerta—. Yo... Yo la quiero.

Jack se quedó sorprendido de la revelación de su hermano. Siempre habían bromeado que a Jim le gustaba Helena pero nunca pensó que llegase a ser verdad o que su hermano fuera capaz de decirlo algún día. Jim comenzó a temblar y salió corriendo hacia Helena, gritando.

—¡Nooooo!

Apartó a todos los niños que encontró a su paso y regateó a los Rufos que se pusieron delante de los pocos escalones. Empujó a un vigilante, pasó lanzándose al suelo por debajo de las piernas de otro, golpeando con la cabeza, sin querer, las partes nobles de este. Un tercer Rufo se agachó para atraparlo, sin conseguirlo,

puesto que Jim dio un salto, con una espectacular voltereta sobre la espalda del último rival. Cruzó por delante de Don Rufus, sin que el director moviese un solo dedo, hasta que por fin llegó frente a Helena, que estaba paralizada viendo la escena.

—No te vayas de mi lado —le suplicó.

Los dos jóvenes se fundieron en un enorme abrazo y comenzaron a llorar.

—Yo te quiero, Helena, te quiero —dijo—. Te quiero y no pararé hasta encontrarte para volver a estar juntos.

—Tranquilo —dijo ella con ternura—. Nos volveremos a encontrar. El destino está escrito y nos encontraremos muy pronto.

Los dos jóvenes seguían abrazados ante la atenta mirada de sus compañeros que, poco a poco, comenzaron a aplaudirles, hasta que todos los niños del comedor terminaron aplaudiendo.

Después de dejar que acabase la romántica escena, Don Rufus hizo un gesto de consentimiento hacia los trabajadores, que cogieron a Jim y Helena y los separaron, con mucha resistencia por parte de los niños, sobre todo por parte del muchacho.

Cuando lograron separarlos, se llevaron a Helena hacia la puerta por la que le esperaban sus futuros padres, y a Jim a la puerta contraria, en dirección a las ratoneras.

—¡No me olvides, Helena! —gritó sin darse por vencido y sacando fuerzas de donde no las tenía, tirando al suelo a los Rufos para volver corriendo junto a Helena. Don Rufus, cansado de perder tiempo, puso el bastón delante, haciendo que Jim tropezase y cayese al suelo, desde donde continuó gritando—. ¡Recuerda que siempre te querré!

—Yo también te quiero —respondió ella mientras cruzaba la puerta que la separaría del resto de sus amigos—. Nunca olvides que siempre estarás presente en mi corazón, Jack.

Jim se quedó helado al oír la respuesta de su amada. Dejó de poner resistencia ante los vigilantes que, hasta ese momento, no había logrado reducirlo. El nombre que mencionó Helena logró frenar el ímpetu con el que había luchado en todo ese momento.

Todos los niños estaban en total silencio, mirando a Jack, que permanecía incrédulo ante lo que acababa de ver. No solo había

perdido hace unas semanas a su amigo Matías sino que, además, estaba viendo cómo a su hermano se lo llevarían a la ratonera.

—Sí, bueno... Mmmmm... A ver —asintió Don Rufus a sus ayudantes que esperaban órdenes—, a la celda con él. De todas formas, el número... —paró esperando que alguien le mencionase el número de camiseta.

—1977 —dijo Eduardo, asomándose a la espalda de Jim para leer el número.

—El número 1977 no estaba anotado, así que no pasa nada.

Jack oyó con decepción que su hermano no había sido elegido, aunque no era de extrañar, puesto que había estado todo el día encerrado en los dormitorios, sin tener trato ni relación con ninguna familia. Cuando llegó Jim a la puerta que le llevaría a las celdas, echó un último vistazo a sus compañeros, buscando a su hermano. Al encontrarlo le regaló una mirada de odio que no desapareció hasta traspasar la puerta.

—Vaya palo se ha llevado el muchacho al enterarse que la niña que le gustaba ha sido adoptada y que también estaba enamorada de él, ¿no, Eduardo? —dijo en voz baja Don Rufus tocando su puntiagudo bigote con la punta de los dedos.

—No, si al que quiere no es a ese, es a su hermano gemelo —corrigió el contable.

—¿Ah, sí? Entonces el palo habrá sido mayor. Ja, ja, ja, ja. Hoy va ser un buen día, Eduardo —dejaron de hablar entre ellos y se dirigió nuevamente a los niños—. Bueno, pues después de esta emotiva y romántica despedida, hemos acabado con el reparto a domicilio de niñas —dijo tirando los papeles que tenía en sus manos por los aires—. Ahora le toca el turno a los varones del centro que, como es de costumbre, se trata de un listado más corto, puesto que los padres casi siempre prefieren elegir a una bella muchacha antes que a un glotón holgazán.

Las niñas que permanecían en el comedor no escondían su decepción al saber que les quedaba un largo y duro año por delante antes de volver a tener una nueva oportunidad de ser adoptadas, mientras que los niños se preparaban con esperanzas de ser elegidos.

Miró Don Rufus el listado de niños de ese año.

—Y esta vez puedo afirmar que es bastante más corto.

Simón se acercó a Jack y este le susurró.

—Suerte, Simón.

—Lo siento mucho. Lo... lo... lo... lo siento por Jim.

—No te preocupes por él. Tenía planeado sacar a Mati de la ratonera, solo tengo que pensar en sacar de allí a dos en vez de a uno —miró a Simón e hizo un esfuerzo por sonreír—. Ahora tenemos que pensar en ti y en que te vas a ir de La Villa.

—Si me...me... me... me voy, despídeme de ellos.

—Claro que lo haré, porque te prometo que tú te irás —guiñó—. Ya verás.

Mientras, Don Rufus seguía hablando.

—Pero antes de comenzar a decir los niños que nos abandonan —continuó con su discurso—, he de informar que hasta yo mismo he sentido tristeza por vosotros, siempre aquí encerrados como si fuera una cárcel. Hasta tal punto se me ha ablandado el corazón, que he decidido adoptar a un cabezón.

—Un niño, un niño —interrumpió en voz baja Eduardo, intentando corregir al director.

Lo miró y rectificó.

—Un niño, quería decir... Para darle la educación y el cariño que toda persona debería tener, y no estar retenidos aquí, sin vuestro consentimiento y, claro está, sin el mío.

—¡Tú no sabes dar cariño! —se oyó gritar desde el fondo de la sala, provocando tímidas risas entre los demás críos del centro.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Eduardo cabreado, haciendo que los niños dejaran de reír. Todos se callaron, sin delatar a nadie.

—Muy gracioso, pero que muy gracioso, número 1111 —dijo Don Rufus.

Todos se quedaron sorprendidos al ver que Don Rufus había acertado. Dos Rufos salieron raudos y veloces hacia el dueño de la camiseta número 1111, sin necesidad de apartar a ningún niño por el camino, puesto que estos lo iban haciendo automáticamente, conforme se acercaban a ellos. Al llegar al ya no tan gracioso niño, lo cogieron y se lo llevaron arrastrando por todo el salón, no sin esfuerzos, debido a la resistencia que ponía.

—Yo no he sido, lo juro. Yo no he sido —no dejaba de protestar.

—Vaya, vaya. Parece que a este paso tendremos que reducir aún más las ratoneras —ironizó Don Rufus en el momento que los vigilantes salieron por la puerta—. Este año está siendo esto muy movidito. ¿Por dónde íbamos?

—Por su adopción —peloteó Eduardo.

—Ah, sí. Eso —miró a los niños de la sala, buscando a Jack, en quien centró sus ojos. El joven se quedó mirando al director, aceptando la retadora mirada—. Lo dicho, que me he sensibilizado con la causa y, debido a que por culpa de la época de pobreza que estamos viviendo, este año han venido menos parejas con la intención de adoptar niños, he decidido quedarme con uno.

—¿Qué planeas? —preguntó en voz baja Jack.

—¡Que salga el número 1976! —gritó Eduardo.

Todos en la sala comenzaron a mirarse entre ellos, de un lado a otro, buscando quién era el desafortunado muchacho que había sido adoptado por Don Rufus. Pasaba el tiempo y nadie salía ni hacía un solo gesto que indicase ser el elegido, hasta que Simón se le acercó a Jack y le dijo.

—¡Es Mati!

Sí, Simón tenía memorizados todos los números de La Villa y el nombre de sus dueños, y ese número le pertenecía a Matías.

—¿¡Mati!?! —se giró Jack a Simón.

—Mati es el que tiene e... e... e... ese número.

Jack volvió a mirar a Don Rufus, que continuaba sonriendo mientras daba su consentimiento para que se abriese la puerta lateral, por la que no hace mucho fueron expulsados Jim y el desafortunado dueño de la camiseta 1111. Hizo su entrada Matías, el cual lucía ropas nuevas, con pantalones y camisa hechos a medida, tapados en gran parte por una larga capa negra que llegaba hasta el suelo. Su mirada, cara, sonrisa... Todo era diferente en él, mostrándose serio y formal. No parecía ser el mismo pequeño Matías que alegraba al grupo en cualquier momento, salvo por el flequillo que aún dejaba tapado uno de sus ojos. En una sola semana en la ratonera, su rostro cambió radicalmente a peor.

—Está como hipnotizado —comentaban los niños.

—No, hipnotizado no —dijo Jack mirando a Matías—. Como si se hubiera quedado sin alma.

Matías parecía que no reconocía o no quería reconocer a ninguno de los presentes, situándose junto a su adoptivo padre y mirando al fondo de la sala, sin prestar atención a ningún niño.

—Y bien, hijo —continuó Don Rufus, dejando por fin de mirar a Jack y extendiendo vanidosamente su mano a Matías—. ¿No me vas a dar las gracias por adoptarte?

—Sí, señor —Matías se acercó aún más a Don Rufus e hizo una reverencia, cogiendo con su mano la mano de su padre y besando el enorme anillo que llevaba en ella para, posteriormente, cuadrarse junto a él, mostrando un guantelete rojo y largo, desde el codo hasta los dedos—. Muchas gracias.

—Pues ya puedes ir al *hall*, donde finalmente entregaré el papel que te convierte oficialmente en mi hijo legítimo ante Dios y ante la ley.

Matías asintió y comenzó a andar hacia la puerta opuesta a la que entró, sin mirar en un solo instante a ninguno de los niños que permanecían en la sala.

—Ah, hijo mío. Una cosita más.

Matías se paró.

—Ya que has visto que a partir de hoy soy la única persona en la que puedes confiar, ahora sí que deberías decirme quién o quiénes eran tus compañeros de escapadas. Puesto que ya te he levantado el castigo, lo lógico es que otro u otros niños ocupasen tu lugar.

*Nunca te lo dirá*, pensó Jack, hasta que vio cómo Matías asintió y levantó su dedo índice, señalando un grupo de niños entre los que estaban Simón y Jack.

Los niños que había cerca de ellos comenzaron a separarse, dejando en el centro solos a estos dos.

—Vete, aléjate —dijo Jack a Simón.

—¿Qué?

—En la ratonera no hay sitio para los dos —empujó Jack a Simón, que cayó al suelo con lágrimas en sus ojos.

—El número 1978 —acusó Matías—. Él es responsable de todas y cada una de las escapadas que he realizado en el orfanato.

Todos quedaron perplejos. Nadie esperaba que Matías, ese chaval capaz de hacer sonreír a todo el mundo con sus gracias y payasadas, ese niño que se revolcaba en el barro del patio cuando llovía para animar a los demás chavales a salir a jugar, que ese niño hubiese sido capaz de vender a su amigo Jack a Don Rufus.

—Vaya con los hermanitos. Primero el romántico y ahora el revoltoso —miró a sus vigilantes—. Este día sí que os vais a ganar el sueldo. Ya sabéis.

Los Rufos fueron a por Jack, que permanecía quieto, mirando al suelo y pensando cómo era posible que en una sola semana, sus ilusiones, las de su hermano y amigos hubieran sido completamente destrozadas. Los celadores llegaron junto a Jack, colocándose a ambos lados, para cogerlo y llevarlo por la fuerza ante el director. El joven negó con la cabeza que hiciera falta hacer uso de la fuerza y comenzó a andar, delante de ellos, en dirección a la ratonera.

—Muy bien, hijo mío. Me has demostrado tu lealtad —agradeció Don Rufus mientras Jack cruzaba entre ellos—. Y a cambio te demuestro yo mi gratitud con este regalo.

Don Rufus se quitó un colgante que llevaba tapado en su cuello. Era una brillante esfera que alumbraba casi igual que el sol de la mañana y que en su interior dibujaba lo que parecía ser un mapa en tres dimensiones de algún lugar imaginario, puesto que no se parecía en nada al de la Tierra. Se lo colgó en el cuello a Matías.

—La puerta, mi ayuda y mi gratitud irán siempre contigo —le dijo a su hijo.

—Gracias, señor —respondió Matías.

—Papá, hijo mío. Desde este mismo instante y para siempre, seré tu papá.

Jack se quedó mirando atentamente el colgante de Matías quien, al darse cuenta de eso, lo ocultó entre sus ropas.

—Un momento, muchachos —dijo Matías a los Rufos que escoltaban a Jack. Se le acercó a su amigo—. Una última cosilla, “hermano” —su rostro y su voz reflejaban venganza—. Gracias por abandonarme. Espero que mientras yo fui a por ti, tú estuvieras muy agustito durmiendo en la cama.

—Eso no fue así —intentó explicarse Jack, pero Matías lo calló.

—Da igual. No lo olvidaré en la vida.

Sentenció levantando el pelo que caía sobre uno de sus ojos y mostrando una cicatriz en esa parte de la cara, que recorría desde la frente hasta la mejilla pasando por el, afortunadamente, ojo vivo.

Jack se quedó quieto, comprendiendo lo que su hermano le dijo la semana pasada, que había traicionado a Matías al dejarlo tirado esa noche. Matías soltó el pelo, volviendo a tapar su cicatriz. Qué noches debió pasar en la ratonera para cambiar tanto en tan poco tiempo, siendo torturado hasta conseguir Don Rufus hacerse con su alma. Y todo por su culpa.

Los ojos de Jack comenzaron a derramar lágrimas, recorriendo sus mejillas, hasta que la voz del director le volvió a la realidad.

—A ver, que solo falta que haya sido adoptado y tengamos que quitarle la camiseta y ponérsela a otro niño. ¿Qué número tenías, enano?

Jack no respondió, obligando a Eduardo, al igual que tuvo que hacer minutos antes con su hermano, a asomarse a ver la camiseta.

—El número 1978.

—Pues tus males no acaban aquí, joven. Encima habías sido adoptado —dijo Don Rufus—. El número 1978 había sido elegido.

*No puede ser verdad. Si Simón ha estado escondido todo el día,* pensó Jack.

—No, señor —rectificó Eduardo—. El 78 no ha sido adoptado. Es el 79.

Don Rufus acercó un poco más sus ojos a la lista.

—Pues va a ser verdad. No habías sido elegido —dijo Don Rufus a Jack.

—Esa opción suena mejor —dijo Jack en un tono muy bajo.

—Mejor así, nos ahorramos un problema. El número elegido es el 1979. ¿Quién es?

Todos los niños se quedaron de piedra con sus ojos abiertos como platos mirando a Simón que, por fin, después de muchos años intentándolo, había sido elegido gracias a su amigo Jack y a la idea de cambiarse la camiseta.

O eso creían ellos...

*Al menos he conseguido ayudar a uno. Ahora solo me faltan dos,* pensó Jack.

Eduardo y Don Rufus también se quedaron observando a Simón, por la inercia de mirar hacia donde lo hacía todo el mundo.

—¿No será el llorica ese? —preguntó Don Rufus, en voz baja, al contable.

—Eso me temo.

—¿Y quién querrá a ese niño tan feo? —volvió a preguntar con un gesto de asco—. Por lo menos nos libramos de un comilón llorón. Cogedlo y llevároslo.

Los vigilantes bajaron, una vez más, y levantaron a Simón del suelo para llevárselo.

—Yo... yo... yo... —lloraba sin saber por qué lo cogían—. Yo no... no... no he hecho nada. ¡Soltadme Rufos!

Se produjo un enorme e incómodo silencio.

A Simón se le había escapado el mote de los vigilantes y nadie sabía las repercusiones que eso podría acarrearle. Don Rufus, muy serio, paseó su mano sobre su fino bigote.

—¿Rufos ha dicho? —preguntó a Eduardo.

—Efectivamente, señor —respondió este.

Don Rufus comenzó a reírse a carcajadas.

—Ja, ja, ja, ja. Qué gracia tiene el gordito. ¿Os llama Rufos?

—Yo no le veo la gracia —protestó Eduardo—. ¡Y al próximo que nos llame así, irá a las catacumbas!

Simón seguía llorando y al oír la palabra catacumbas, más fuerte lloraba.

—No llores más, pesado —regañó un vigilante.

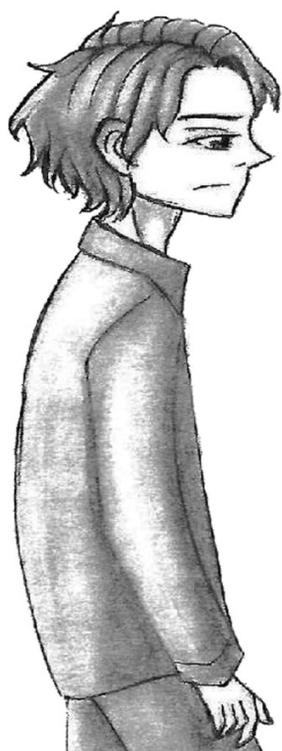
—Que lo que estamos es llevándote a la sala de adopción —dijo el otro vigilante.

—¿Qué?

—Que has sido adoptado.

Las lágrimas de Simón cesaron. Buscaba una explicación y la encontró mirando a Jack, que le estaba sonriendo por su adopción, delante de la puerta que le mandaría a la ratonera.

—¡Buena suerte, hermano! —gritó Jack con el dedo pulgar en alto—. Te han adoptado, disfruta.



Un vigilante empujó a Jack para que siguiese andando, a juntarse con su hermano Jim en la ratonera, mientras Simón salía por la puerta contraria, en dirección a la libertad.

—¡Volveré el año que viene a por tí, hermano! —contestó Simón envalentonado, y también con el pulgar de su mano en alto, sabedor de que ya no podía hacerle nada Don Rufus—. Te lo prometo, convenceré a mis futuros padres para que paguen lo que haga falta por tí.

—Ha sido ser elegido y adiós tartamudez —se sorprendió Eduardo.

—Sí, muy bonito todo —recalcó Don Rufus—. Amor, lealtad, romance, desilusión, traición,... ¿Y de verdad queréis marcharos de este orfanato? —preguntó a los niños presentes que, por primera vez, se rieron ante un comentario del mandamás del centro—. Sigamos pues, el 1010, el 1238, el...

Continuó Don Rufus con la lista, sin ninguno de los hermanos presentes.

\* \* \*

Simón andaba por el pasillo con un sentimiento contradictorio. Por un lado estaba triste, puesto que no sabría lo que podría pasarle a los gemelos en la ratonera, cuánto tiempo estarían en ella o qué le podría haber sucedido a Matías en dichas celdas para cambiar tanto en tan poco tiempo. Aunque, por otro lado, se sentía feliz porque después de tantos años, consiguió ser adoptado. Y todo gracias a su amigo Jack, a quien se lo agradecería el resto de la vida.

—Espero que sea verdad lo que decía siempre Don Rufus de que niño seleccionado no podía ser cambiado —dijo confiando en sus palabras e impresionado al ver que su tartamudez, ciertamente, había desaparecido desde el mismo momento que se enteró de su adopción—. ¡Que feliz voy a ser! Ja, ja, ja.

De repente, el griterío de niños y adultos hizo que levantase la vista y se diese cuenta de que ya se encontraba en el *hall*, donde todos los padres estaban recogiendo con gran alegría a los niños elegidos. Echó un vistazo rápido, buscando algo que le indicase qué padres iban a ser los suyos. Los ricos y elegantes italianos,

llegados desde su país al orfanato en lujosos coches, las estiradas e igualmente ricas parejas estadounidenses que volaron todo el océano Atlántico en su avión privado, los rubios alemanes que deseaban volver con sus críos a celebrarlo con la cerveza más cara y fría que existía, o... Pasó de largo el matrimonio compuesto por Isabel y Julius.

—Pobre al que les haya tocado esta familia —dijo.

—¡Hola, Simón! —oyó Simón la dulce voz de Helena a su espalda.

—Hola, Helena —sonrió—. Me alegro de que tú también hayas sido elegida.

—Yo también me alegro por ti, por mí. Incluso me ha parecido ver pasar a Matías entre los niños. Y yo pensando que aún estaba encerrado en las ratoneras. Solo falta Jack.

—¿Jack?

—Sí. Este año también ha sido elegido.

—¿No te has enterado? —preguntó—. Ah, claro, es verdad.

—¿Es verdad el qué?

—Tú te habías ido antes de todo.

—Estás muy rarito —miró a Simón extrañada—. ¿Antes de qué?

—Que a Mati lo ha adoptado Don Rufus y ha delatado a Jack como el culpable de las fugas —dijo viendo cómo la cara de Helena cambió radicalmente. Pensó por un instante si no hubiese sido mejor no decir nada.

—¿Y qué ha pasado?

—Nada... —Simón mentía muy mal, esquivando los ojos de Helena—. Seguro que ha ido bien y lo adoptan.

—No me mientas. ¿Qué le ha pasado a Jack? —preguntó seria.

—Lo han encerrado en la ratonera, junto a Jim. Y además, no ha sido elegido —Simón entrüsteció al decir la verdad a la joven.

—Claro que sí está adoptado. Los Taladores están esperándolo —justificó Helena.

—¿Los qué?

—Los Taladores —repitió indicando con la cabeza al gran matrimonio bigotudo que esperaba en el fondo de la sala.

—¿Ese matrimonio iba a adoptar a Jack? —suspiró—. Menos mal que no lo ha adoptado. Pobre al que le haya tocado —dijo

riendo hasta ver la hoja que sujetaba Isabel con un número en ella. El 1979.

Isabel sonrió desde la distancia, a la vez que saludó al pequeño con la mano. Julius, por el contrario, estaba junto a ella aburrido y harto de llevar el bombín en la cabeza y tener que quitárselo para saludar cada vez que un adulto pasaba a su lado.

—No... no... no... —señaló Simón a la pareja temblando y tartamudeando, otra vez—. No puede ser ve... ve... ve... verdad.

La mujer Taladora fue acercándose a Helena y Simón, con nerviosismo en su rostro. Hizo una reverencia a Helena y esta le respondió con otra ante el asombro de Simón.

—Encantada, Alteza. Deduzco que este es el joven que tendremos el honor de criar —dijo Isabel.

—No. Él no es el elegido —respondió Helena aún confusa con la situación—. No sé qué ha podido pasar.

—Pe... pe... pe... pero de... de... de... —Simón se veía incapaz de hablar, al estar preocupado con su adopción y sus nuevos padres—. Si... si... si... si yo no soy el 1978 —se quejó, recordando el número que tantas veces escuchó decir a Julius mientras esperaban sentados en el aljibe a que acabase el día, sin caer que ese era el número de la camiseta de Jack—. Nooooooooo.

Julius se acercó al escuchar la conversación y miró a los tres.

—Yo juro por el jabalí que mató mi padre con sus manos cuando era un simple chaval, que no me he equivocado —se justificó Julius, intentando que no lo culpasen por su error.

—Tranquilo, papi. Ahora dejemos que se despidan y esperaremos órdenes —dijo Isabel andando a la puerta junto a su marido para que Helena y Simón se despidiesen.

—Seguro que la culpa es de Aegon o de su tonto perro Drake —repetía una y otra vez, alejándose.

Helena calmaba a Simón, o lo intentaba.

—Noooooooooo —no dejaba de quejarse.

—Tranquilo, vas a una muy buena familia. Te cuidarán como a un hijo.

—¿Algo ha ido mal, Alteza? —preguntó Matías, apareciendo por detrás, con una pícara sonrisa y realizando una burlesca reverencia. Apoyó su brazo sobre el hombro de Simón—. Espero

que el viaje sea de su agrado y, si hay suerte, Jack puede que sea elegido el año que viene.

—¿Alteza? —preguntó Simón—. ¿De... de... de... de que hablas? ¡Traidor!

—¡Es verdad! Este tontito no sabe nada.

—¿A qui... qui... qui... quién llamas tonto? —dijo Simón, apoyando su frente sobre la de Matías.

—Aparta tu sucia cara de mí, gordito, a no ser que quieras... —retó Matías.

—¿Qué te han hecho? —interrumpió Helena.

—Darne la oportunidad de decidir mi futuro por mí mismo —sacó el brillante regalo que le donó Don Rufus y lo balanceó sobre su dedo—. Decirme la verdad, no como todos vosotros.

Dicho lo cual se fue de la sala en el mismo momento que entraron Don Rufus y Eduardo, con los últimos niños rezagados que, al entrar allí, salieron corriendo en brazos de sus nuevos padres.

—¡Ya está todo decidido! —dijo relajado el contable—. Ahora que cada niño salga con sus adoptivos padres y nos dejen descansar de una vez.

Don Rufus miró sonriendo a Helena, que fue tapada con una túnica blanca por parte de su nueva madre, de origen árabe, y la abrazó con suavidad, acompañándola a la puerta de salida.

—No se preocupe, Alteza—dijo dulcemente su madre saliendo del *hall* del orfanato, junto a casi todos, salvo Simón y sus padres—. Avisaremos a Drake de que algo no ha salido bien.

Simón vio cómo Isabel permanecía aún sonriendo al lado de Julius, el cual se fue al niño.

—Venga. Si está ya todo el pescado vendido aquí —dijo con tono conciliador Julius, el cual, al ver la cara que tenía el niño, se quitó la llamativa corbata y se la puso a su hijo—. Seguro que te sienta a ti mejor que a mí, hijo mío.

Desde el fondo del *hall* miraron Isabel, Julius y Simón por última vez a Don Rufus y sus ayudantes, entre los que ya se encontraba integrado Matías.

—Es hora de ponernos en marcha. Odio a este tipo y a sus lacayos —dijo Julius antes de salir por la puerta, cerrándose hasta el siguiente año.

Fuera estaban las familias montando sus ostentosos coches y saliendo uno por uno de La Villa, puesto que la estrecha carretera no daba cabida para más de un vehículo a la vez. Simón vio cómo Helena se subía en un coche negro, con cortinas en los ventanales. Un saludo con la mano desde lejos fue la última despedida entre los dos. El coche de Helena salió también del orfanato. Habían desaparecido todos los coches y Simón se quedó buscando el que les llevaría a su nueva casa, pero solamente había un viejo y roto carro junto a un árbol caído. El carro no contaba con animal de enganche que tirase de él. Cuando vio que Isabel y su marido se acercaron a dicho carro y le invitaron a acompañarlos, Simón se echó las manos a la cabeza.

—Es... es... es... esto ti... ti... ti... tiene que ser una pesadilla —se quejó acercándose a ellos. Se subió con Isabel al vehículo y vio cómo su padre cogió las dos asas del carro.

—No te asustes cariño —intentó tranquilizar Isabel—. Ya verás qué feliz vas a ser en nuestra aldea.

—¿A... a... a... aldea? —Simón comenzó a llorar amargamente.

—Agárrate hijo mío. Vas a ver la fuerza que tiene tu padre —le dijo orgulloso Julius, comenzando a correr camino abajo y a gran velocidad, desestabilizando a Simón de su asiento, hasta alcanzar el último coche.

Por el camino, Aegon, junto a su perro y sus pertenencias, andaban cuesta abajo, como si hubiesen decidido abandonar definitivamente su campamento. El primer coche pasó junto a ellos y no le prestaron atención, pese a llenarles tanto a él como a su perro de polvo. Pasó el segundo, tercero, cuarto... Nada hacía que Aegon y Drake apartasen la vista de su camino, hasta que lo adelantó el vehículo en el que iba Helena, del que se corrieron las cortinas al pasar junto a ellos y vio cómo la joven muchacha les negaba varias veces con la cabeza, hasta desaparecer de su visión.

—Algo ha salido mal, Drake —se paró y le comentó Aegon a su perro—. Hay que volver y ver qué ha pasado.

—¡Apartad de mi camino! —gritó Julius a Aegon y Drake, tirando de su carro a gran velocidad desde el fondo de la cuesta, con Isabel y el lloroso Simón sobre él—. Llevamos al elegido, ja, ja, ja, ja —sonrió al perro—. Drake, todo saldrá bien.

Y continuaron también cuesta abajo, adelantando entre las curvas, con giros casi imposibles de realizar, a todos los coches que abandonaron antes el orfanato. Aegon y Drake, mientras, continuaban parados.

—¿Volvemos entonces? —le preguntó a Aegon una voz.

—Me temo que sí. No sé cómo, pero Rufus nos la ha jugado.

Desde lo alto de La Villa, desde el campanario, Don Rufus estaba viendo esta última escena, sonriendo.

—¿No te esperabas esto? —preguntó sin nadie junto a él para responderle—. La verdad es que yo tampoco me esperaba cómo han ido hoy los acontecimientos pero, por una vez en mucho tiempo, la vida me sonrío. Ahora solo me falta dar la puntilla.

Abrió la puerta y se dirigió a las catacumbas del orfanato, donde estaban varios Rufos vigilando las celdas. Se acercó a una de las puertas ante la atenta mirada de sus vigilantes.

—¿Jim? —preguntó, siendo contestado con asentimiento por parte de uno de los trabajadores—. Abrid y salid a comer algo.

Los Rufos abrieron la puerta y se convirtieron en roedores, corriendo por las escaleras, dejando completamente solo a Don Rufus custodiando todas las celdas. Entró en la de Jim, donde, tras un largo silencio, se oyó un grito aterrador que pudo ser escuchado en todo el orfanato y alrededores del bosque de La Villa.

—¡Noooooooooooo! —gritó entre lágrimas el joven gemelo sin poder ser ayudado por nadie.

Salió de la celda Don Rufus, cerró y se fue escaleras arriba, mientras desde una de las celdas apareció el brazo de Jack.

—¿Qué te pasa? ¿Hermano?

No recibió respuesta alguna, solo un continuado y amargado grito.